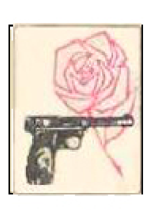




Brigitte EN ACCION

Lou Carrigan

Photolasser

El subdirector de la CIA y su esposa han sido asesinados y todas las pruebas apuntan a un solo asesino. Asesina, en realidad: la agente Baby.

Incluso se ha utilizado un procedimiento nuevo, que extrae la última imagen que ha visto una persona muerta y la revela, como una fotografía. Y la fotografía de los ojos del subdirector es, sin duda, de Brigitte.



Lou Carrigan

Photolasser

Brigitte en acción - 211

Archivo Secreto - 222

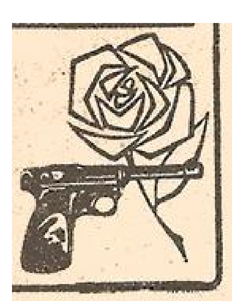
ePub r1.1

Titivillus 14.08.2017

Lou Carrigan, 1975
Diseño de cubierta: Benicio

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2





ARCHIVO SECRETO

Brigitte

EN ACCION



Prólogo

Como es natural, los dos cadáveres estaban pálidos, lívidos.

Pero tan pálidos y lívidos como ellos estaban las personas vivas que los contemplaban en silencio, en aquella confortable *suite* del lujosísimo. De Luxe Hotel de Nueva, York.

Siete hombres, en total. Uno de ellos nada más y nada menos que el mismísimo director de la CIA, que posiblemente era el que estaba más pálido; incluso más que el hombre y la mujer muertos.

Junto a él estaba míster Cavanagh, el jefe absoluto del Grupo de Acción de la CIA. A su lado, un poco más atrás, estaba Charles Alan Pitzer, jefe del Sector New York de la CIA. Al otro lado del cadáver del hombre, sombríos, estaban dos de los más expertos agentes del Servicio de Seguridad Interna de la CIA. Y arrodillado, examinando el cadáver, estaba el médico, llamado con toda urgencia a la Central.

Finalmente, sentado en el suelo junto al teléfono caído, al lado de la mesita de grueso cristal volcada, estaba el séptimo hombre, que había llamado por teléfono manejándolo con todo cuidado con un pañuelo, evitando así dejar impresas sus huellas digitales; este hombre era ya conocido en toda la CIA como Simón-Floristería, el ayudante de Pitzer en el Sector New York. Y se le conocía así porque éste era el nombre clave que utilizaba para él la agente Baby, la niña mimada de la CIA, la espía más peligrosa del mundo.

Estos eran los siete hombres reunidos en la confortable *suite* del lujosísimo De Luxe Hotel, el gran competidor del Waldorf Astoria. Pero afuera, en el pasillo, en el vestíbulo, y también en la calle, habían más agentes de la CIA, no menos de una docena, vigilando. Vigilando no sabían qué.

En el momento en que el médico se incorporaba y se acercaba al cadáver de la mujer, Simón-Floristería colgaba suavemente el auricular, se ponía en pie, y se acercaba a su jefe directo, Charles

Alan Pitzer.

—Peggy no sabe dónde está Baby, señor —musitó.

Primero, la habían llamado por la radio de bolsillo, pero Baby, la divina, colosal, infalible e implacable espía, no había respondido a la llamada. Debido a lo cual, Simón-Floristería había pensado que si ella no llevaba la radio encima quizá era porque estaba en el Morning News, periódico dirigido por Miky Grogan, y en el cual trabajaba como periodista la señorita Brigitte Montfort, alias Baby. Pero en el Morning tampoco estaba, así que Simón optó por llamar adonde debía haber llamado en primer lugar: al sensacional apartamento que Brigitte tenía en el Crystal Building, en la Quinta Avenida. Y allí, Peggy, la fiel sirvienta de Brigitte, tampoco le había podido orientar respecto a su paradero.

Al parecer, Brigitte Montfort no se hallaba en Nueva York. Y esto fue motivo suficiente para que los gestos de todos aquellos hombres fuesen aún más sombríos. Cada vez que la CIA tenía una seria dificultad, se recurría a la agente Baby, que dejaba sus labores periodísticas para convertirse en la espía más temida del mundo.

—¿No se le ocurre dónde puede estar? —preguntó el director de la CIA, mirando a Pitzer.

—No, señor —murmuró éste—. Es decir, se me ocurren muchos sitios, pero…

—Hay que localizarla inmediatamente —atajó el director—. No sólo porque la necesitamos para que investigue lo que ha sucedido aquí, sino porque Angevine tenía instrucciones concretas de reunirse con ella en Nueva York, para cierto trabajo.

—No sabía nada de esto —susurró Pitzer.

—Lo lamento —susurró también el director de la CIA—. Era un trabajo fuera de lo corriente por muchísimos conceptos, y no se informó a nadie, Pitzer.

—Lo comprendo, señor. Y puestas así las cosas, me pregunto si la desaparición de Baby no estará relacionada con las muertes del señor subdirector y su esposa —señaló con la barbilla hacia los cadáveres.

—¿Qué quiere decir?

—Si el señor Angevine tenía que entrevistarse con Baby aquí, y a él lo encontramos muerto junto a su esposa, y Baby no aparece por parte alguna, cabe pensar que a Baby le haya ocurrido algo

también.

El director reflexionó unos segundos, antes de exponer:

—Según eso, usted considera que Baby y Angevine ya realizaron el contacto, que ella se fue o se la llevaron, y mataron a Angevine y su esposa.

—Podría ser eso, señor. Si el subdirector vino a Nueva York, con instrucciones para entrar en contacto con Baby, y a él lo encontramos muerto y Baby no aparece…

Pitzer movió la cabeza con gesto de pesar. El subdirector de la CIA, Cecil Angevine, enviado directamente por el director, viaja a Nueva York con su esposa, Susan Angevine, con la indicación de que debe llamar a Baby. Luego, el subdirector y su esposa aparecen muertos y Baby no responde… ¿Qué cosa más lógica que pensar que también a ella podía haberle ocurrido algo?

En el silencio que siguió a la inconclusa pero muy significativa última frase de Pitzer, sonó, poco después, la voz del médico de la CIA.

—Está bien —dijo—: por mí, pueden proceder. Tomen fotografías y todo eso.

El director de la CIA hizo una seña a los dos agentes del Servicio de Seguridad Interna, y éstos asintieron con la cabeza. Ahora les tocaba a ellos y al grupo especial que esperaba afuera, muy discretamente, ya que, por supuesto, la noticia de aquellas dos muertes no trascendería en modo alguno, ni siquiera fuera de las paredes de aquella *suite*. Todo, incluso la recogida de los cadáveres, se efectuaría de tal modo que ni siquiera los más cercanos clientes del hotel tendrían la más remota sospecha de que allí había ocurrido algo.

—¿Y bien? —preguntó el director, mirando al médico.

—Naturalmente, si lo desea, señor, procederemos a la autopsia, pero en lo que a mí respecta, no la necesito. La cosa no puede estar más clara: al señor Angevine lo han matado de un balazo al corazón. En cuanto a la señora Angevine, ha fallecido a consecuencia de la rotura de la base del cráneo, no de la herida del costado.

—¿Le parece a usted que eso tiene alguna explicación con sentido?

—Por supuesto que sí. Le dispararon un tiro, por la espalda,

cuando ella corría, alejándose del centro de este saloncito, hacia la puerta —señaló—. La bala le dio en el costado, y quizá por el dolor de la herida o la fuerza del impacto, la derribó… La señora Angevine debió girar, cayó de espaldas, y se golpeó la base del cráneo con esta mesita de cristal, derribándola… y muriendo entonces en el acto.

—Veamos si lo he entendido —murmuró el director—: alguien entra en esta *suite*, dispara contra Cecil Angevine, y le mete la bala en el corazón. La señora Angevine echa a correr, intentando escapar, así que también disparan contra ella; le aciertan en el costado, de tal modo que pierde el equilibrio, gira, se golpea de cabeza contra le mesita de cristal, y se rompe la base del cráneo… ¿Es así?

—Yo diría que ésta es una síntesis exacta de lo ocurrido, en efecto, señor.

—¿A qué hora fallecieron?

—Entre las seis y las ocho de la tarde de ayer. La autopsia nos lo aclararía con más seguridad, desde luego. ¿Desea que la llevemos a cabo?

El director de la CIA tardó mucho en contestar…

Se quedó mirando a Cecil Angevine, no sólo el segundo hombre de la CIA, después de él, sino amigo personal de muchos años. Ahora, Cecil estaba muerto, asesinado. Y su esposa, la dulce y triste Susan, siempre tan resignada, tan valerosa… En el rostro de ella había observado el director una extraña mueca, mezcla de determinación, de miedo y de dolor. En el rostro de Angevine, en cambio, había solamente una expresión… de estupor. Sí, de estupor, de asombro, de incredulidad. Había muerto inmerso en el más grande asombro de su vida. A los cincuenta y cuatro años, todavía fuerte, dotado de una inteligencia viva y veloz, admirable, Cecil Angevine, enviado expresamente a Nueva York por el director de la CIA, había muerto lleno de asombro, de un balazo al corazón.

¿Por qué tanto asombro? La persona que los había matado a ambos no debía entrar precisamente en el círculo de amistades de Angevine, así que… ¿por qué asombrarse? Un par de veces a la semana, el director y el subdirector de la CIA jugaban juntos al golf. Angevine era un jugador hermético, de expresión inaccesible, y así era en todas las cosas de su vida. Jamás se alteraba, jamás

demostraba sorpresa por nada. En el oscuro, sucio, repugnante y sórdido mundo del espionaje había aprendido muy bien a no exteriorizar nunca nada. ¿Por qué aquel asombro tan grande, a la hora de su muerte?

—No —dijo, por fin el director—. La autopsia no. Vamos a hacer un intento con la «Photolasser». Quizá podamos saber lo que causó tanto asombro a Cecil.

El médico parpadeó.

—Podría dar resultado —admitió.

—Al menos, lo intentaremos. Ocúpese de que todo esté preparado a mi regreso a la Central, doctor.

—Sí, señor.

El médico salió del saloncito, y los demás quedaron silenciosos, pensando en la «Photolasser», uno de los últimos y más espectaculares avances en la investigación técnica. Aunque hasta el momento no se había podido comprobar que sus resultados pudieran ser, plenamente satisfactorios, valía la pena intentarlo, en una ocasión como aquélla. La «Photolasser» era ni más ni menos que una fotografía de los ojos de una persona muerta, utilizando el rayo láser como agente impresor. Según teorías que; al parecer estaban siendo comprobadas, la última imagen vista por el ojo humano queda impresa en la retina, exactamente igual que si el ojo fuese un objetivo fotográfico y película a la vez. Luego, el sistema ultraperfeccionado de los rayos láser, captaban esa imagen y la convertían, simplemente, en una fotografía. El proceso para conseguir esto era fabuloso, de una complejidad tal que escapaba a la comprensión de la mayoría de las personas.

Sin embargo, existía tal proceso, tal posibilidad, conseguida por los criminalistas norteamericanos, y por supuesto la CIA se había apresurado hacía ya algunos meses a incorporar la «Photolasser» a su completísimo material de investigaciones… Pero la pregunta estaba en las mentes de todos aquellos hombres: ¿podía ser verdad? ¿Realmente podían esperar que los asombrados ojos de un hombre muerto les proporcionasen nada menos que la fotografía de su asesino?

Lo sabrían, seguramente, aquella misma noche.

* * *

Eran casi las cinco de la madrugada cuando míster Cavanagh, que dormitaba con los codos apoyados sobre su mesa del despacho que tenía en la Central, alzó la cabeza, al oír los golpes en la puerta.

—Adelante —autorizó.

Para su asombro, entró el director de la CIA, que le hizo un gesto para que no se moviese. El director estaba lívido hasta lo increíble. En una mano, llevaba un gran sobre de sólido papel amarillento, que dejó sobre la mesa. Tomó un cigarrillo del paquete que Cavanagh tenía sobre la mesa, lo encendió y preguntó:

—¿Le gustaría saber a qué fue Cecil Angevine a Nueva York?

—Si no se me informó antes, no creo necesario hacerlo ahora, señor.

—Le comprendo. Pero me temo que debo ponerlo al corriente, Cavanagh, porque tenemos que recuperar el documento que Cecil llevó a Nueva York. Y le diré por qué en ese documento están muy bien especificadas ciertas ofertas que la CIA hace al Gobierno de Pekín; ofertas cuya naturaleza provocarían la más violenta reacción rusa, jamás conocida. Ni que decir tiene que si ese documento cae en manos de los rusos, el asunto de los misiles y Cuba quedará como una pequeña tontería, en la historia del espionaje.

—Santo Dios —jadeó Cavanagh, pálido también—. ¡Pero fue una locura escribir ofertas de esa índole, señor!

—Sí —el director se mordió los labios—. Pero tenía que hacerlo, y enviar esa oferta, expresamente escrita, a Nueva York. Y no quise confiar en nadie más que en Cecil Angevine. Así que, pretextando un pequeño viaje personal, sólo para divertirse unos días, los Angevine partieron hacia Nueva York. Allí Cecil Angevine debía entregar la carta a un agente chino, que estaba en contacto directamente conmigo, y que, por cierto, al no ser requerido por Angevine, me llamó privadamente y me preguntó qué ocurría. Por eso nos pusimos todos en marcha hacia Nueva York… Ya sabe el resto.

—Sí… Bueno, señor, no quisiera dármelas de listo, pero pienso que esto podría ser una jugada de ese agente chino.

—No —negó el director, con voz ronca—. Lo sabemos positivamente, Cavanagh: la «Photolasser» ha sido conseguida con pleno éxito.

—Entonces…, ¿sabemos quién mató al subdirector?

—En efecto. ¿Quiere ver el rostro del asesino?

—¡Por supuesto que sí, señor!

El director abrió el sobre, sacó varias fotografías y tendió la más ampliada al jefe del Grupo de Acción de la CIA, que la tomó, vivamente interesado. La volvió hacia él, vio al asesino, y su rostro quedó blanco como la leche, antes de dar un salto que le hizo golpearse de rodillas contra el borde de la mesa.

—¿Qué broma es ésta? —aulló.

—No es una broma. Es la «Photolasser» Cavanagh.

Allá, en la fotografía, pistola en mano, apuntando hacia el frente, es decir, hacia la persona de Cecil Angevine cuyos ojos habían tomado la impresionante fotografía estaba, muy claramente identificable, la última imagen que Cavanagh habría esperado ver: la imagen de Brigitte Montfort, alias Baby, la niña mimada de la CIA, la mejor agente que este servicio había tenido jamás, la más fiel y abnegada, la incorruptible, la insobornable agente Baby.

Sólo podía ser ella. Elegante como siempre, hermosa como ninguna mujer del mundo… Sueltos sus largos cabellos negros, entornados sus grandiosos ojos azules, ligeramente crispada su boquita sonrosada, adelantada la mano derecha en el momento del disparo…

—Dios… ¡Dios, Dios, Dios…! ¡No…, no…! Esto no es posible…

—¿Por qué no? —preguntó fríamente el director.

—Pe… pero… Pero, señor…, ¡es Baby!

—Lo sé. ¿Por qué no, insisto?

—Pero… Pero… ¡NO!

—Le diré algo más, Cavanagh: en el cadáver de Susan Angevine no había bala alguna; al parecer, fue extraída de la herida. Pero sí hemos conseguido la bala que estaba en el corazón de Cecil; corresponde a la pistola últimamente entregada por McGee, el jefe de nuestro Departamento de Armas Especiales, a la señorita Montfort. Usted sabe que está registrada, y sabe también que las marcas de las estrías de una pistola son como las huellas digitales de una persona: no hay dos iguales. No le queda la menor duda: Baby ha matado al subdirector de la CIA y a su esposa. Los ha asesinado.

Cavanagh movía negativamente la cabeza.

—No, no, no, no… Santo Dios, ¿por qué iba a hacer ella una

cosa semejante? Escuche… Tengo una teoría, señor… ¡Permítame exponerla!

—Si me convence de que no ha sido Baby, le juro que se lo agradeceré, Cavanagh. ¿Qué teoría es ésa?

—Bien… Angevine pudo llamar a Baby, de acuerdo a lo convenido, y ella acudió. Pero llegó alguien más, utilizó la pistola de Baby para…

—La «Photolasser» la muestra a ella disparando. A nadie más. Y no olvide el gesto de asombro de Angevine.

—Sí… Sí, pero…

—Tengo más noticias para usted… Hacia las nueve de la noche, la telefonista de servicio en el De Luxe Hotel recibió una llamada interior, procedente de la *suite* de los Angevine. Era la señora Angevine, que ordenó expresamente que nadie molestase a su marido, que estaba durmiendo… Luego dejó un recado: si alguien llamaba preguntando por ella, la telefonista debía decirle que había salido, y que se encontraría con esa persona a las diez y media en la entrada a Central Park, situada enfrente de la Avenida de las Américas… Si llamaba más tarde de las diez y media, la siguiente hora de cita sería las once y media, luego a las doce y media, a la una y media… Y efectivamente, poco después, a eso de las nueve y veinte, la telefonista vio a la señora Angevine cruzar el vestíbulo y salir del hotel.

—¡Bien! —Brillaron los ojos de Cavanagh—. ¡En ese caso, podemos…!

—No se ofusque —frunció el ceño el director—. Susan Angevine murió entre las seis y las ocho de la noche. ¿Puede explicarme cómo pudo, entonces, salir a las nueve y veinte?

—No… No señor, pero…

—En cambio, dígame si esto le parece imposible para nuestra Baby: matar a dos personas, llamar luego por teléfono simulando la voz de Susan Angevine, y salir luego vestida con ropas de ésta, engañando a cualquiera, y acudir tranquilamente a una cita. Una cita a la que, naturalmente, llevó el documento robado a Cecil Angevine. ¿Le parece imposible que ella haga esto?

—No hay nada imposible para ella, pero…

—Otra cosa: también sabernos que, hacia las cuatro de la tarde, Cecil Angevine pidió, desde su *suite*, comunicación telefónica con la

señorita Montfort, en el Crystal Building, Quinta Avenida. Y la señorita Montfort estaba allí, contestó, y dijo que, en efecto, iría a visitar al señor Angevine alrededor de las cinco, esto es, una hora más tarde.

Cavanagh se dejó caer en su sillón como destrozado. Escondió el rostro entre las manos, y ambos hombres permanecieron en silencio, hasta que el director continuó:

—Los dos sabemos muy bien que Baby tiene muy buenos amigos rusos, Cavanagh… ¿Eso no le dice nada?

—No… ¡No!

—¿No?

—No, señor… No sé lo que está pasando. Pero sí sé que si Baby ha hecho eso… habrá sido por algo.

—¿Qué quiere decir? —Casi gritó el director.

—Bueno, no sé…

—¡No sé qué clase de explicación puede usted buscar ahora, en beneficio de su querida jovencita, Cavanagh! Por el amor de Dios, ¿es que no puede comprenderlo? ¡Baby ha matado al subdirector de la CIA y a su esposa, y ha desaparecido con un documento que pondría las cosas al rojo vivo entre Estados Unidos y Rusia…! ¿No lo comprende?

—Sí, señor. Parece —Cavanagh miró la fotografía y tragó saliva —, parece que ha sido ella, todo lo indica así. Pero… yo insisto en que si lo ha hecho ha sido por algo… explicable.

—¿De veras? Bueno, pues vaya usted a que se lo explique. Y que se lo explique muy bien, porque hay seis hombres que están esperando mi orden para traerla aquí. Y así lo haremos, si usted no consigue que ella le dé una explicación «razonable».

—Tenga en cuenta que quizá otras personas se la llevaron y que pueden haberla… matado, incluso. Pero si regresa a su apartamento, yo personalmente iré a…

—Puede salir ahora mismo, si quiere —replicó agriamente el director de la CIA—, porque la señorita Montfort regresó a su apartamento esta madrugada, a las cuatro, y, al parecer, no ha vuelto a salir…, ni ha llamado a Pitzer, ni ha hecho nada, a pesar de que su criada sabe que la estuvimos llamando con toda urgencia… ¿También se le ocurre alguna explicación para eso?

—No… A mí no, señor. Pero, estoy seguro de que ella nos

pondrá al corriente en seguida.

—Magnífico. Si ella logra convencernos de que tuvo buenas razones para asesinar a Cecil Angevine y a su esposa…, yo me pegaré un tiro, Cavanagh, porque ello implicaría que Cecil era un traidor… ¿No lo entiende usted así?

—Sí… Sí, señor. Pero quizá haya otra explicación… Iré a hablar con Baby. ¿Puedo… hacerlo a mi manera?

—Hágalo como guste —asintió sombríamente, el director—. Pero quiero esa explicación antes del mediodía… O eso, o…

Capítulo Primero

A las nueve y media de la mañana, Peggy, la rubia y bonita doncella de la señorita Brigitte Montfort, fue a abrir la puerta del apartamento, y en su rostro apareció un gesto de sorpresa al ver ante ella a los tres hombres: míster Cavanagh, Pitzer y Simón, el de la floristería donde Pitzer tenía su cuartel general de la CIA en el sector de Nueva York.

—Oh… ¡Oh! —exclamó.

—¿Está la señorita, Peggy? —preguntó Pitzer, sombrío.

—Sí… Sí, señor, sí… Se está bañando… Pasen, por favor…

Cavanagh esperó a que Peggy hubiese cerrado la puerta para musitar:

—¿Se está bañando? ¿No le dijo usted que ayer noche la estuvimos buscando?

—Pu, pues… no… No señor, yo… Bueno, yo me acosté y no sé cuándo regresó la señorita, y… y esta mañana no… no he recordado que la estuvieron llamando…

—¿Quiere decir que ella aún no se ha enterado? —Casi gritó Pitzer.

—No… No, señor, no se ha enterado, no…

—¿Cómo es posible que usted olvidase decirle que la habíamos estado llamando? —aulló Pitzer, descompuesto el rostro—. ¡Eso no había sucedido jamás!

—Lo… lo siento, señor Pitzer… Yo…

Cavanagh la atajó con un gesto.

—¿Quiere decirle a Brigitte que estamos aquí, Peggy?

—Sí, señor… ¡Voy a decírselo ahora mismo!

Echó a correr hacia el fondo del apartamento, y los tres hombres, tras cambiar una mirada, se dirigieron hacia el salón. Simón fue el primero en sentarse, fruncido el ceño, sombría como nunca su expresión, habitualmente simpática.

—Peggy ha mentido —aseguró Pitzer—. Brigitte siempre le dice que no sabe mentir, y es verdad. Además, nunca, en todos estos años, había cometido esa chica un fallo semejante. Ha mentido.

Ni Cavanagh ni Simón hicieron comentario alguno. Cavanagh se sentó también, y encendió un cigarrillo, con mano temblorosa… Pitzer parecía no saber qué hacer, y finalmente se sentó a su vez, sacó su pipa, apagada, y se la colocó entre los dientes de un manotazo.

—Tiene que haber un error —dijo, de pronto.

Cavanagh movió negativamente la cabeza y se dedicó a fumar en silencio. En un silencio denso, inquietante.

Poco después, el bonito reloj musical del lujoso salón emitió tres campanadas. Las diez menos cuarto. Y un par de minutos después, por fin, apareció Brigitte Montfort, tan bella que los tres hombres se quedaron sin respiración, incapaces tan, siquiera de ponerse en pie.

Bellísima, fantástica, increíble, recogido el cabello en la nuca, radiante la dulcísima sonrisa, brillantes los más bellos ojos azules del mundo, resplandeciente su piel del color del oro, ataviada con una salida de baño en forma de capita de color azul, de modo que apenas servía para ocultar el hermosísimo torso, dejando en cambio al descubierto las más sensacionales piernas del mundo, la agente Baby saludó, alegremente:

—Buenos días, caballeros… Oh, por favor, no se levanten, no…

Como uno solo, los tres hombres se pusieron en pie, rojos sus rostros.

—Buenos días —murmuraron.

—Sí, parece que es un hermoso día de setiembre… Creo que tendremos un bonito sol. Les invito a desayunar…, y de paso, me dirán qué querían ayer de mí. Imagino que algo importante, claro. No comprendo cómo Peggy no me dejó al menos una nota en mi cama, indicándome que le llamase, tío Charlie.

—Nadie es infalible —murmuró Pitzer—. Pero, hasta ahora, Peggy lo había sido.

—Está muy apesadumbrada, pobreeilla.

—Supongo que, después de esto, la despedirá.

Brigitte Montfort, alias Baby, la divina espía, se quedó mirando, atónita, a Charles Alan Pitzer.

—¿Despedir a Peggy? —Se pasmó—. ¡Por supuesto que no

pienso hacer semejante cosa! Un fallo lo tiene cualquiera, tío Charlie. Usted mismo ha dicho que nadie es infalible… ¿Qué prefieren para desayunar?

—Ya hemos desayunado —mintió Pitzer, que sabía que tanto él como los demás no hubiesen podido tragar bocado.

—Ah… Bueno, espero que no les moleste que lo haga yo. Anoche me acosté muy tarde, y tengo apetito… ¡Santo cielo, si son casi las diez! —Agitó una campanilla de plata, y se sentó, mirando con amable socarronería a los tres hombres—. Bueno, ya pueden sentarse, queridos… Sí, Peggy, por favor sírveme aquí mismo —sonrió deliciosamente— son de confianza, ¿no crees? ¡Mis mejores amigos del mundo! ¿No se sientan?

Peggy se acercó, baja la mirada, y depositó la bandeja sobre una mesita, delante de Brigitte, mientras los tres hombres se sentaban. La espía contempló con agrado su desayuno: jugo de fruta, tostadas con sal y dos hermosos tomates abiertos por la mitad…

—Nunca me cansaré de elogiar el tomate —dijo despreocupadamente—. ¿De verdad no quieren tomar nada? ¿Café, quizá?

Los tres movieron negativamente la cabeza y Brigitte miró a Peggy, que sólo con el gesto comprendió que podía retirarse. Cosa que hizo a toda prisa y con visible alivio.

—El tomate… —empezó Brigitte.

—Brigitte —cortó Cavanagh—, ¿no la llamó ayer el señor Angevine?

Ella se quedó con un trozo de tomate a medio camino de su boquita, sorprendida.

—¿Angevine? ¿Qué Angevine?

—Nuestro subdirector.

—¿El subdirector de la CIA? —Se pasmó Baby—. No… No me llamó. ¿Por qué?

—Vino, a Nueva York con instrucciones concretas de ponerse en contacto con usted —dijo roncamente Cavanagh—. ¿Está segura de que él no la llamó?

—Claro que estoy segura. ¡Qué tontería…! ¿Cómo podría olvidar una cosa como ésa? Caramba, nada menos que el subdirector de la todopoderosa CIA… ¿Y qué quería de mí?

—El señor Angevine tenía que entregar un documento a cierta

persona, y nuestro director le recomendó expresamente que recurriese a usted para que le asesorase en el contacto y lo respaldase discretamente, cuando se llevase a cabo.

—Ah… Parece que nuestro director confía mucho en mí. No olvidaré darle las gracias…, a pesar de que no he intervenido en ese contacto, naturalmente.

—Mmm… El señor Angevine la llamó sobre las cuatro de la tarde… Seguramente, usted no estaba en casa a esa hora.

—¿Las cuatro de la tarde? —reflexionó Brigitte, masticando graciosamente el tomate—. Sí… Sí, sí, seguro: estaba aquí. Lo recuerdo muy bien. Salí a eso de las cinco menos veinte… Sí, las cinco menos veinte. O sea, que a las cuatro estaba aquí, sin duda.

—¿Y no recibió la llamada de Angevine?

—Ya le he dicho que no —frunció el ceño ella—. ¿Qué les pasa a ustedes, qué importancia puede tener eso? Un momento, ¿acaso el señor Angevine dice que sí me llamó?

—No exactamente. Dice usted que salió a las cinco menos veinte… ¿Adónde fue?

—Pues fui a… Oiga, ¿me está interrogando… a mí? —Sus bellísimos ojos se abrieron mucho.

—No, no… Era… es una pregunta de curiosidad personal.

—Ah, bueno… ¿Adónde fui? Fui a mi pequeño chalet junto al lago, ya saben…

—Sí, sí… ¿Fue directamente desde aquí, después de salir a las cinco menos veinte?

—Sí, claro.

—¿Y qué fue a hacer allí?

—A escribir un artículo que… Señor, ¿qué ocurre? Esto es todo un interrogatorio, a mi juicio. Ciertamente, lamento no haber estado en Nueva York cuando me necesitaba nada menos que el subdirector de la CIA, pero…

—¿Estuvo con alguien en la cabaña del lago?

—Claro que no. Si hubiese querido compañía, me habría quedado en Nueva York. Quería estar sola y tranquila, para escribir un artículo, con el que pienso sorprender a Miky. Muy bueno… Por cierto, ¿leyeron ustedes mis artículos sobre el amor?

—¿Fue usted en coche? —murmuró Cavanagh—. ¿O tomó alguna línea regular de servicio?

—Fui en mi coche, naturalmente. ¿Por qué tengo que tomar un bus, disponiendo de dos hermosísimos coches?

—¿A qué hora regresó?

—Debían ser las cuatro de la madrugada, más o menos. Es formidable ir en coche por Nueva York a esa hora.

—Sí, desde luego. ¿Escribió usted su artículo?

—Pues… no. No —sonrió como disculpándose—. Ni siquiera allí conseguí concentrarme lo suficiente, así que de madrugada, muy cansada y decepcionada, regresé aquí. Hacía un poco de frío en la cabaña, y, por unas pocas horas, no quise encender la calefacción.

—Muy sensato —susurró Cavanagh—. Volvamos al señor Angevine. Entiendo que usted le conocía, Brigitte.

—Sí, claro… Le he visto algunas veces en Washington y bastantes en la Central. ¡Qué pregunta tan tonta! ¡Claro que conocía…! ¿Conocía? ¿Conocía? Querrá usted decir que conozco al señor Angevine, ¿no?

—¿Y a su esposa? ¿La conocía?

—La había visto un par de veces en… ¿Conocía? ¿También en pasado? Por Dios…, ¿qué ha ocurrido?

—Los han matado a los dos.

—¿Al señor Angevine y a su esposa…? ¡Dios mío! ¿Cuándo y dónde, cómo, quién…?

—Esperábamos que usted pudiese ayudarnos a resolver este enigma —dijo Cavanagh, con voz que parecía a punto de romperse como si fuese cristal—. Teníamos esa esperanza.

—¿Ayudarles yo? Pero… ¿cómo?

—Pensábamos que Angevine la había llamado por teléfono para citarla en su hotel, y que quizá sabría usted algo.

—No… No me llamó, ya se lo he dicho, señor.

—Por lo tanto, usted no fue allí, al hotel, a verlo.

—No.

Pitzer soltó un gemido, se puso en pie y se acercó al gran ventanal-puerta que daba a la terraza con piscina. Simón miraba a Baby; fijamente, con expresión desorbitaba. Cavanagh se pasó las manos por el rostro, con gesto, de desespero.

—O sea —se oyó apenas su voz— que él no la llamó, ni usted estuvo allí, ni vio a los Angevine, no sabe nada…

—No…

—Ya suponemos que si él la llamó, debió advertirle la máxima discreción, pero, claro, Brigitte, eso no cuenta para mí, ni para Pitzer… ¿Comprende?

—Sí, señor, comprendo.

—¿La llamó él?

Los hermosos, dulces, sonrosados labios de Brigitte Montfort se plegaron un instante en un gesto sólido, duro, decidido.

—No.

—¿Ni siquiera por teléfono, ni por radio, o…?

—No.

—Mire, Brigitte…

Pitzer se volvió de pronto lívido.

—¡Sí la llamó! —gritó—. ¡Él la llamó, y usted estuvo allí y mató a los dos!

—¡Tío Charlie! —Se envaró Brigitte.

—¡Por todos los diablos, sabemos eso con toda seguridad, así que no se moleste en negarlo! ¿Tiene usted un abrigo azul, de entretiempo, con cuello forrado…? ¡Estoy, seguro de que sí lo tiene! ¡Vaya a ver a su armario, Simón! —El agente de la CIA se puso en pie, vaciló y miró a Brigitte, que le devolvió una inexpresiva mirada—. ¡Le digo que vaya a buscarlo!

—Sí, señor —murmuró Simón-Floristería.

—¡En cuanto a usted, no tiene objeto que niegue lo que acabo de decirle! —señaló Pitzer a Brigitte, con mano temblorosa—. ¡Lo Sabemos con toda certeza!

—Qué tontería —sonrió fríamente Brigitte—. ¿Cómo van a saber ustedes algo que no ocurrió?

—¡Ocurrió! ¡Los mató a los dos y…! —Pitzer pareció deshincharse de pronto y quedó abatido—. Brigitte, sabemos que estuvo allí, y que lo hizo. Todo lo que hizo. Está bien… Pero para hacer eso usted debió tener poderosos motivos, ¿no es cierto? Sólo tiene que darnos una explicación, devolvernos el documento…

—¿Qué documento? —inquirió ella.

—¡El documento que Angevine tenía que entregar a un agente chino!

—No sé de qué me habla, querido. Además, no me gustan del todo los chinos. Quizá dentro de unos años sean más simpáticos, pero de momento.

—¡Sabemos muy bien lo que a usted le gusta o le disgusta! ¡Muy bien, le disgustan los chinos, y, por cualquier motivo, le disgustó a usted Cecil Angevine, y lo mató! ¿Por qué? ¿Por qué lo mató, por qué mató a su esposa? Por el amor de Dios, ¿por qué, por qué, PORQUE…?

—Está usted histérico, tío Charlie. Le va a dar una embolia, querido.

—Brigitte —intervino Cavanagh, puesto que Pitzer se quedó sin habla—, díganoslo a nosotros. Díganos qué pasó, y veremos de solucionar el asunto. No importa lo que sea, díganoslo. Usted sabe que Pitzer y yo, y Simón, daremos la vida por ayudarla, haya hecho lo que haya hecho… Pero díganos qué pasó allá.

—Si no estuve allá… ¿Cómo puedo saberlo?

—No lo entiende… ¡No lo entiende! —sollozó Cavanagh—. ¡Se la está acusando de alta traición, Brigitte…!

—¿A mí? Vamos, vamos, querido…

—¡Alta traición! —gritó Pitzer, ya recuperado de su acceso de ira—. ¿Sabe lo que eso significa?

—Que me cortarían mi lindo cuello… ¿No?

—Brigitte, por favor, por favor, por favor… —suplicó Cavanagh —. Díganos lo que pasó, por qué lo hizo. Escuche, hay seis hombres esperando que termine esta entrevista. Si conseguimos la explicación, regresarán a Washington. Si no la conseguimos, tendré que llamar por mi radio de bolsillo, y a los pocos minutos, un helicóptero vendrá a la terraza de este edificio, a recogerla para llevarla a la Central. Por mucho que se resista, por mucho que esos hombres lamenten tener que hacerlo, se la llevarán, aunque sea a la fuerza.

—¿A la fuerza? No será necesario; jamás dispararía contra un Simón, señor.

—¡Pero disparó contra Cecil Angevine! —tronó Pitzer—. ¿Por qué? ¡Por todos los demonios! ¿POR QUE? ¿Acaso él era un traidor? ¿Fue eso, Brigitte, fue eso?

—No.

—Entonces, ¿qué fue? ¿Por qué disparó contra él?

—No he dicho que hiciese tal cosa. No estuve allí, no vi a Cecil Angevine, ni a su esposa.

—¡Estuvo usted allí!

—No.

Cavanagh abrió la boca, pero en aquel momento reapareció Simón-Floristería, lívido como un cadáver, y adelantó los brazos para mostrar el abrigo que había encontrado en el armario de Brigitte Montfort. Fue un gesto un tanto teatral, pero de efectos decisivos.

—¿Y ahora? —susurró Cavanagh—. ¿Estuvo usted allí o no?

Un duro destello pasó por los ojos de Baby.

—No —negó una vez más.

—Dios mío —jadeó Cavanagh—. Brigitte…, voy a tener que llamar para que vengan por usted…

—Llame —encogió ella los hombros—. Nadie conseguirá hacer variar mi negativa, señor. Llame a quien guste. Y luego, será mejor para todos que puedan demostrarme a mí que sí estuve con Cecil Angevine, y que lo maté…

Capítulo II

Hacia la una de la tarde, el helicóptero se posó sobre el césped cercano al edificio de la CIA, en Langley. Cuando las grandes aspas dejaron de girar, los tres hombres miraron a Brigitte Montfort. Solamente tres, incluido míster Cavanagh, porque, en efecto, Brigitte Montfort no había opuesto la menor resistencia a su… detención, de modo que cuatro de los seis hombres que esperaban en el Crystal Building no tuvieron necesidad de intervenir. Pitzer y Simón también se habían quedado en Nueva York, si bien Pitzer aseguró que partiría hacia la Central por sus propios medios, en cuanto fuese posible.

—Hemos llegado —dijo el piloto.

—¿De verdad, Simón? —dijo Brigitte, con simpático tono de burla—. Pues qué bien… Ha sido un vuelo magnífico: muchas gracias.

—Gracias a usted —murmuró, el agente de la CIA.

—¿A mí? —se sorprendió la divina—. ¿Por qué?

—Por ser tan comprensiva, con nosotros. Nos habría resultado muy doloroso tener que… Bueno… Quiero decir que jamás se nos había ocurrido que tuviésemos que luchar con usted, y…

—¡Dios les libre de eso, Simón! —Se aterró Brigitte—. ¡Lo pasarían muy mal, porque soy muy peligrosa! Pero, realmente, Simón: ¿pensaron, aunque sólo fuese un instante, que yo pelearía contra mis niños?

Los dos agentes bajaron la cabeza, y Cavanagh se mordió los labios. Aquello era tan absurdo que, durante el vuelo había tenido la sensación de que estaba soñando. Cientos de veces Baby se había jugado la vida por cualquier agente de la CIA, por cualquier Simón, como ella los llamaba a todos… Cientos de veces se había arriesgado por ellos, del modo más descabellado y suicida… ¿Y ahora había asesinado al subdirector de la CIA y a su esposa, una

mujer buena, honesta y dulce?

—Brigitte —murmuró—: todavía puede usted explicarme a mí lo que pasó.

—¿Dónde?

—En el De Luxe Hotel, cuando visitó a Angevine.

—Ah, eso… No lo sé, señor. No estuve allí.

—En cuanto bajemos de este helicóptero, dejará de estar usted bajo mi influencia, se la llevarán otros hombres. No será conmigo con quien tendrá que vérselas.

—Me las he tenido que ver con gente peor que con unos cuantos señores de la CIA con corbata.

Cavanagh estuvo unos segundos mirándola fijamente. Luego asintió con la cabeza e hizo una seña. Uno de los agentes saltó del helicóptero y se volvió, tendiendo la mano a Brigitte, que la aceptó con encantadora sonrisa.

Junto al helicóptero esperaban ya cuatro agentes del Servicio de Seguridad Interna de la CIA, que miraban a Baby con expresión estupefacta e incrédula. Pero las órdenes habían sido dadas con toda claridad: debían esperar allí a la agente N. Y. 7117, Baby, y llevarla, muy bien vigilada y armados, al cuarto que se le había preparado en el edificio. Fantástico. La opinión de aquellos cuatro hombres, que se guardaban muy bien de manifestar, era que alguien se había vuelto loco en la Central.

Uno de ellos se acercó más y dijo con voz tensa:

—Agente N. Y. 7117, debe usted venir con nosotros.

—Eso, queridos, va a ser un grandísimo placer. Pero…, ¿qué ocurre? ¡No me han traído rosas de bienvenida!

Los cuatro agentes se quedaron sin saber qué hacer o decir. Miraron a Cavanagh, desconcertados, y éste echó a andar hacia el edificio, cojeando de aquel modo tan característico, rígida la cadera… Cojera debida a una bala que había encajado años atrás, en Buenos Aires, cuando agentes secretos enemigos lo habían acorralado. Y cuando, herido y acorralado, su mente estaba aceptando ya la idea de que iba a morir, apareció, de pronto, una jovencita de ojos azules y largos cabellos negros, que rompió el cerco, se lo cargó en hombros y lo sacó con vida del apuro, y de Buenos Aires…

—No se preocupe —oyó a su lado la dulce voz—. No me

ocurrirá nada…, Simón.

Míster Cavanagh respingó y miró a Brigitte, que, una vez más, había adivinado sus pensamientos, quizá observando la angustia que había en su rostro. Cavanagh consiguió tragar saliva y comenzó a decir:

—Brigitte, tiene que…

—De verdad, no se preocupe por mí. Pero… ¿quiere hacerme un favor, señor?

—Sí… ¡Por Dios, claro que sí!

—Pues vaya a su despacho y ocúpese de atender al Grupo de Acción, que es lo suyo. No quisiera que, debido a una ausencia de usted, algún Simón se encontrase en apuros en cualquier parte del mundo. Así que… vaya a atender todos los mensajes…, por favor.

Cavanagh tenía la sensación de que una garra le estaba apretando la garganta. Supo que no iba a poder hablar, al mismo tiempo que sabía que no tenía necesidad de hacerlo para que Brigitte le comprendiese. Sin más, desvió su marcha, que comenzó a diverger de Brigitte Montfort y de los cuatro hombres que la llevaban, muy bien vigilada y armados, hacia el edificio.

Allí fue instalada en un cuarto que la espía conocía muy bien. Era un salón grande, con todas las comodidades que pudieran pedirse: bar, biblioteca, televisión, música, muebles impresionantes, alfombras lujosas… Si aquello era una celda, muchas personas no habrían tenido inconveniente en ser encarceladas. En una de las paredes había un espejo cuadrado, y Brigitte se quedó mirándolo amablemente. Sabía muy bien que aquel espejo era especial. Por aquel lado, era, sin duda alguna, espejo corriente y moliente, pero, por el otro lado, era transparente como el más puro cristal de modo que, quien estuviese tras el espejo, podía contemplar a sus anchas todo el saloncito, sin que desde el saloncito pudiesen verlo a su vez. Lo sabía perfectamente, porque había estado varias veces al otro lado del espejo.

¿Qué pretendían con aquella tontería del espejo? Ellos tenían que saber que ella sabía que podían verla. Entonces… ¿qué esperaban? ¿Ponerla nerviosa? ¡Qué tontería…!

Se acercó al espejo, sonrió, se llevó una mano a los labios y tiró un besito hacia las personas que había al otro lado. Es decir, si había alguien en aquel momento, claro…

* * *

La media docena de hombres que había al otro lado del espejo cambiaron miradas, sonriendo prietamente, cuando la agente Baby les envió el beso.

Y uno de ellos comentó:

—Va a ser igual que golpear con un martillo de cristal sobre un yunque: no le sacaremos nada.

—A lo mejor es que no hay nada que sacar —objetó otro—. ¿Cómo podemos creer que ella haya asesinado al señor Angevine?

—Las pruebas son terminantes —intervino un tercero—. No puedo comprenderlo, pero ha sucedido, y nosotros tenemos un trabajo que hacer. Un trabajo durísimo.

—Y parece una niña… ¿Cuántos años tiene ya Baby?

—Nueve —rió otro de los observadores de la espía.

Los demás también rieron, quedamente. Pero eran unas risas notablemente nerviosas. Allá tenían su presa: debían… destrozarla mentalmente, hasta que la… derrotasen, la venciesen, la aniquilasen… Momento a partir del cual, ella diría todo lo que ellos quisieran. Que dijese.

—Vamos a dejarlo en veinticinco, —se mostró más razonable otro de los hombres—. Bien… ¿Quién comienza?

—Observémosla un rato. Al fin de cuentas, es un placer y un privilegio, ¿no os parece?

—Por mi parte —masculló el único que hasta entonces no había hablado—, pienso hacer mi parte lo mejor que sepa y pueda, pero os aseguro una cosa: no creo que ella haya hecho eso.

—Eso quiere decir que vas a trabajar sin convicción.

—Llámalo como quieras. Demonios, se trata de Baby, ¿no es así?

Nadie protestó. Se quedaron mirándola, observándola con toda atención. No tenían excesiva prisa porque, con toda lógica, se había llegado a una conclusión: si el documento lo tenía Baby, lo recuperarían tarde o temprano; y si no lo tenía, si ya estaba en camino de Moscú o de cualquier otro lugar, por mucha prisa que se diesen, no podrían recuperarlo ya.

Brigitte Baby Montfort fue al bar, lo abrió y estuvo examinando su contenido. La vieron volverse, frunciendo el ceño, y dirigirse hacia el teléfono. Cuando descolgó el auricular y habló, oyeron

perfectamente sus palabras, por el altavoz colocado sobre sus cabezas.

—Soy Baby. Vamos a ver: ¿quién está encargado de mi mantenimiento?

—Ah, ¿usted mismo? Muy bien, querido, entonces escuche esto: o me instalan en una celda repugnante o, ya que me han instalado en un lugar confortable; se ocupan de que lo sea de verdad. Vamos a ver, ¿por qué no hay *martini*?

—Así lo espero. Traiga también hielo, naturalmente… Y cigarrillos. ¿Qué me están preparando para el almuerzo?

—Nada de eso. Sólo quiero un filete, muy jugoso; poco hecho y con algo de ensalada. Y champaña… con guinda.

—Pues vayan a Langley a comprarlo. Y no se le ocurra servírmelo si no está frío. Frío, no helado. ¿*Okay*?

—Conforme.

Colgó, miró a su alrededor, sonrió al espejo, y fue a sentarse en un sofá, con una revista en las manos. Se puso a leer.

—Va a ser un hueso muy duro de roer —aseguró uno de los observadores, sonriendo—. ¡Maldita sea mi estampa, muy, muy duro de roer!

—Tiene demasiado temple, y eso lo sabemos todos. Voy a hacer una sugerencia. ¿Por qué no la dejamos ahí, sola, durante veinticuatro horas? Démosle tiempo para que piense en todo lo que puede ocurrirle, para que se inquiete un poco… Puede dar resultado. ¿Qué os parece?

—Habría que consultarlo con el director.

—Pues allá voy.

El experto en interrogatorios que había hecho la sugerencia, salió del cuarto anexo al salón. Regresó diez minutos más tarde, diciendo:

—Ha aceptado… Esperaremos veinticuatro horas, a ver si sus nervios se resienten… ¿Me he perdido algo?

—Le han servido el *martini* y ahora le traerán el almuerzo… Se ha disgustado porque no le han traído aceitunas con el *martini*.

—Caramba, yo creo que se ha disgustado con razón… ¿A quién se le ocurre servir un *martini* sin su aceituna?

—Es que ella no quería una aceituna, sino aceitunas. Me parece que, si sigue en esa actitud, el mantenedor las va a pasar moradas,

pobre muchacho.

Esto no fue cierto. Cuando a Baby le trajeron más aceitunas, premió al agente con una sonrisa amable. Cuando le sirvieron el almuerzo, y resultó que la carne estaba poco hecha, a su gusto, y el champaña frío de un modo adecuado, la sonrisa fue casi cariñosa. Cuando, a media tarde, le sirvieron el *whisky* que pidió mientras escuchaba música rusa, agradeció con unas palmaditas en la mano del agente que se hubiese molestado en buscar su marca preferida, y no obligarla a beber del que había en el bar.

Cenó a las siete y media: langosta a la americana, con champaña, por supuesto, y patatas con salsa picante, asegurando que por muchas patatas que comiese no engordaría. Ella no había engordado jamás, desde hacía más de quince años. Café. Coñac francés. La cena fue de su gusto. Tanto, que despidió al agente encargado de su mantenimiento con un beso en la mejilla, deseándole buenas noches.

—Es astuta como una zorra —comentó uno de los observadores.

—Y muy amable y educada…, cuando se hacen las cosas a su gusto.

Después de cenar, la señorita Montfort se dedicó a resolver un crucigrama de una revista. Después estuvo leyendo más de dos horas, como si fuese lo único que tuviese que hacer en el mundo. Finalmente, hacia las diez y media volvió a poner música; en el magnífico aparato. «El lago de los cisnes». Terminada esta audición, a la que prestó toda su atención, disfrutándola de verdad; se quitó el vestido, quedando en sujetadores y pantaloncitos, apagó la luz y se tendió en un sofá.

Al otro lado del espejo, uno de los observadores apretó un botón del pequeño panel de mandos, y el salón, volvió a quedar iluminado. Pero de un modo muy especial, que Brigitte Montfort no podía ver: luz ultravioleta, no visible por el ojo humano… a menos que fuese tamizada por el espejo especial.

—¿Quién tiene el primer turno? —preguntó uno de los observadores.

—Yo. Rawlings tiene el segundo. Podéis iros. Yo creo que, simplemente, va a dormir…

—Pues haremos lo mismo.

Yo me quedo, —dijo Rawlings—. Total, no podría dormir en esta

hora y media.

Cuatro salieron, dos se quedaron.

Pero, en efecto, durante aquella noche, la agente Baby muy lógicamente por cierto, se limitó, a dormir.

* * *

A las once de la mañana siguiente, en el pequeño cuarto de control aparecieron dos personajes importantes: el director de la CIA y el jefe del Grupo de Acción, míster Cavanagh.

—¿Cómo va eso? —preguntó el director.

—No sé qué decirle, señor —le replicaron— ella está ahí y nosotros aquí, eso es todo.

—Están perdiendo el tiempo —aseguró Cavanagh—; ni en diez años desequilibrarán el sistema nervioso de Baby, por este procedimiento.

—¿Se le ocurre a usted otro mejor, señor?

—No hay ninguno. O acción directa, o nada. Y en cuanto a la acción directa, también dudo que dé resultado.

—¿Quiere decir que no hay nada que hacer con ella?

—No digo tanto. Toda resistencia humana tiene un límite y ella lo sabe mejor que nadie. Por supuesto, si recurrimos a la violencia, hablará.

—Podríamos probar antes con el detector de mentiras, o con penthotal…

—Tonterías Nosotros mismos la entrenamos para que resistiese ambas pruebas. Y muchas más. Sólo hay un medio: hacerla pedazos lentamente, y aun así…

El director miró sorprendido a Cavanagh.

—¿Está usted sugiriendo que hagamos pedazos a su…, a su… cómo lo diría yo…?

—A mi mejor agente, señor —susurró Cavanagh—. Al mejor agente que la CIA ha tenido jamás. Y no sugiero nada que a ustedes no se les vaya a ocurrir, en un momento dado. ¿Por qué perder el tiempo, entonces?

—O sea, que usted sabe que finalmente llegaríamos a eso, y que ella hablará. Por lo tanto prefiere evitarle otras molestias. ¿No es eso?

—Sí, señor.

El director de la CIA permaneció reflexivo unos segundos, fruncido el ceño. De pronto, dijo:

—Su turno, Stanford.

—Sí, señor —uno de los hombres se dirigió hacia la puerta.

—Están perdiendo el tiempo —insistió Cavanagh.

—No me diga usted que no prefiere que antes lo intentemos a las buenas, Cavanagh.

—En el mismo momento en que los… expertos comiencen a golpear a Baby, señor —dijo Cavanagh con voz sorda—, tendrá usted mi dimisión en su escritorio. Mientras tanto, todo lo demás es perder el tiempo.

—¿Su dimisión? ¡Está bromeando!

—No, señor. Y será mejor que se haga usted a la idea de recibir unos cuantos cientos de dimisiones más. De momento, cuente con que el Sector Nueva York va a quedar desmantelado.

—No está hablando en serio…

—El tiempo lo dirá, señor.

—Ahí entra Stanford —advirtió uno de los expertos.

Capítulo III

—Buenos días —saludó Stanford, cerrando la puerta tras él, sonriendo.

Brigitte Montfort, que había dejado de leer al oír el girar de la llave, le sonrió no menos amablemente.

—Buenos días, Simón. ¿Es usted el primero?

—Así es. Espero que nos entendamos bien… ¿Puedo sentarme?

—Como si estuviese en, su casa. Póngase cómodo. ¿Quiere un cigarrillo?

—Sí, gracias —Stanford dejó el portafolios sobre la mesita, aceptó el cigarrillo y lo encendió tras ofrecer la llamita a Brigitte, se sentó delante de ella—. ¿Cómo van las cosas por aquí, Baby?

—Oh, muy bien… Estoy magníficamente atendida. Al principió, no, pero puse las cosas en su punto, ya debieron verlo… y oírlo. ¿No es usted demasiado joven para estas cosas? —Alzó Brigitte las cejas.

—¿Para qué cosas?

—Olvídelo… Si le han dado el cargo de experto, será por algo, supongo. ¿Por dónde empezamos?

—Es usted muy amable —se desconcertó Stanford—. ¿Le parece bien que le lea unas cuantas cosas?

—Me parece estupendo, porque tiene usted una voz muy bonita. Si yo fuese usted, abandonaría este trabajo, tan duro, y me dedicaría a locutor de radio… No, mejor, de televisión, porque como además es usted muy guapo, daría mucho resultado en la pantalla. Naturalmente, no está casado.

—No… No, claro.

—Caramba… Pues ya es mayorcito, querido, así que me pregunto qué está esperando. ¿Cuántos años tiene?

—Treinta y seis.

—A su edad, debería tener dos o tres hijos. Apuesto a que su

padre así lo hizo.

—Bueno… Pues…, sí, sí, claro…

—¿Tiene usted dos hermanos?

—Un hermano y una hermana.

—Supongo —Brigitte frunció el ceño— que no les habrá dicho usted que trabaja para la CIA.

—¡Claro que no! —exclamó Stanford.

—Ah. Eso está bien. ¿Su hermana está casada?

—Sí.

—Y tiene niños, claro.

—Dos. Dos niños. Están ya en la secundaria.

—¿Y su hermano?

—Oh, también está casado, sí. Es el mayor. Tiene cuatro hijos.

—¡Qué barbaridad! Espero que gane lo suficiente para mantenerlos de un modo adecuado. ¿A qué se dedica?

—Es abogado.

—Astuta profesión, ¿no le parece? ¿Dice que es el mayor? Pues voy a adivinar algo: el padre de ustedes también fue abogado.

—Sí… En efecto, sí.

—¿Y dónde ejerce su hermano? ¿Aquí en Washington?

—Oh, no. En Fresno, California.

—¿Son ustedes de allí?

—Sí. Mi padre…

Stanford se calló de pronto y enrojeció violentamente. Brigitte Montfort le contemplaba, con una sonrisita amable y burlona a la vez. No cabía duda que se estaba divirtiendo.

—Siga, Simón. ¿Su padre…?

—Se está burlando de mí —dijo el experto, con voz ahogada—. ¡Me está interrogando usted a mi!

—Sólo intentaba ser amable —rió la divina—. Vamos, no se moleste conmigo, Simón. ¿Qué cosas le han encargado que me lea?

Stanford sacó unos folios de su cartera.

—Es… un resumen de la biografía del señor Cecil Angevine.

—Ya conozco la biografía de nuestro subdirector, tanto en el aspecto personal como militar, político, y finalmente en la CIA. Es un historial impresionante: hemos perdido a un gran hombre, de gran inteligencia y sólidos principios morales… a su manera, claro, ya que cuando se trabaja para la CIA la línea moral de conducta de

una persona tiene que ser un tanto… flexible. ¿No está de acuerdo?

—Sí… Supongo qué sí.

—He lamentado muchísimo la muerte del señor Angevine. ¿Qué más tiene que leerme?

—Bueno, pues… Bien, ahora sigue la… biografía de su esposa, Susan Angevine, de soltera Susan Ambler.

—No me interesa esa biografía.

—¿Por qué no?

—Me pregunto si contiene algo interesante. ¿Usted cree que sí?

—Bueno… Bueno, todo es relativo, claro.

—Yo creo que no. Susan Angevine era simplemente una buena mujer, asesinada, según tengo entendido a los… ¿cincuenta años?

—Cuarenta y nueve.

—Oh. Bien… Resumamos esa biografía: una niña bien educada, con padres que la criaron con mucho amor, le dieron estudios sin duda incluso universitarios y se desvivieron en todo momento por ella. De jovencita fue feliz, tuvo muchos amigos, se enamoró de su profesor de Historia o quizá de Ciencias, tonteó con jovencitos de su edad, como es muy natural, y finalmente, ¡el gran amor! Apareció Cecil Angevine, que entonces quizá sólo fuese comandante retirado de la USAF, la corteja, se casan, y Susan Ambler se convierte en la feliz señora Angevine. Pasa un año, dos, diez, veinte… Nada nuevo. Felicidad, tranquilidad, sosiego… El marido va escalando puestos, la vida les sonríe… Ella no es muy exigente, por otra parte. Su marido la ama y la respeta, es considerado… ¿Qué más puede pedir?

—Usted parece saberlo todo…

—Charlé un par de veces con Susan Angevine, y conocía bastante bien a nuestro subdirector. Tuve suficiente. ¿Qué más?

—La biografía del hijo de ambos, Michael Angevine.

—Sí, sí. Tienen un hijo, es cierto…

—Tenían un hijo —aclaró sosegadamente Stanford.

Por un instante, sólo por un instante tan brevísimo que Stanford se preguntó si realmente lo había visto, apareció en las comisuras de la boca de la agente Baby un gesto tenso, crispado. Pero su voz sonó completamente natural.

—¿Tenían? ¿Quiere decir que murió?

—En efecto.

—No es posible… Yo le vi… creo que una vez, aunque no recuerdo dónde…

—Vamos, no me tome más el pelo —refunfuñó Stanford—. Sé muy bien que su memoria es… electrónica, Baby. Usted recuerda perfectamente dónde vio a Michael Angevine, y cuándo: fue aquí, en la Central, hace un par de años, precisamente cuando hacía muy poco que el muchacho había sido admitido en la CIA como agente pasivo para servicios en el exterior.

—No recuerdo.

—Estoy seguro de que sí lo recuerda.

—No.

Stanford parpadeó y una expresión astuta apareció en sus ojos.

—Seamos sensatos —murmuró—. Usted conoce muy bien la vida de Cecil Angevine, y la de su esposa, según parece. ¿Y pretende hacerme creer que no sabe nada del hijo, ni le interesa nada de él, sobre él…?

—No me interesa.

—¿Por qué no?

—No me interesa, eso es todo.

—Pues yo no puedo creer que a Baby no le interese un hombre que, a fin de cuentas, fue un Simón.

—Jamás tuve contactos con él.

—Sin embargo, él fue un Simón, uno de sus queridos muchachos de la CIA.

—Era un agente pasivo, no del grupo de Acción.

—Eso no importa… Al menos, nunca le ha importado a usted… hasta ahora. ¿Por qué?

—No me interesa hablar de Michael Angevine.

—Yo estoy aquí con el cometido de hablarle a usted de la familia Angevine. Según parece, no necesita informes sobre Cecil y Susan, los padres del muchacho, así que muy bien, pasaremos por alto esas lecturas. Pero me va a permitir que le hable sobre el muchacho, sobre Michael Angevine. Murió de un modo… estúpido en Amberes. ¿Lo sabía?

—No —se tensó de nuevo la voz de Brigitte.

—¿No? Pues ya lo sabe ahora. Michael Angevine quiso llevar más allá de lo razonable la parte del trabajo que le correspondía en cierto asunto y recibió un balazo que terminó con su vida. Durante

unas cuantas semanas, eso no se supo. La creencia de la Central era de que había sido capturado por los rusos, así que se iniciaron unos discretos sondeos, con vistas a su posible canje. Esos sondeos sólo sirvieron para adquirir el convencimiento de que Michael Angevine había muerto. Finalmente, su cadáver fue hallado. ¿Sabía esto?

—No… No…

—Es absurdo que diga esto… ¿Cómo no había de enterarse usted de que había fallecido, en acto de servicio, el hijo de nuestro subdirector?

—No recuerdo que esa noticia fuera difundida.

—¡Claro que no fue difundida, en los medios normales! Pero usted es Baby, sabemos que la noticia le llegó.

—No.

—Sí. Usted, de modo increíble, tiene sus propios canales de información dentro de la CIA. Vamos a admitir que muchas personas, o bien no se han enterado de nada respecto a Michael Angevine, o bien creen que está viajando por ahí o viviendo en cualquier lugar del ancho mundo…, o bien suponen que está prisionero de los rusos. Todo esto pueden creerlo personas no informadas. Pero usted tenía que, saber que Michael Angevine murió. ¿Sí o no?

—NO.

—Su insistente negativa me está sugiriendo que podemos buscar la clave de todo lo sucedido en ese muchacho.

—¿Y qué es lo sucedido?

Stanford emitió un gruñido.

—Vamos, Baby, no empecemos por ahí.

—¿Por dónde?

—Mire, prefiero que se burle de mí a que se haga la tonta. Puedo soportar que una espía de su categoría me tome un poco el pelo, porque al menos queda demostrado que está dispuesta a la lucha, y eso me mantiene alerta a mí. Pero, por favor, no intente… atontarme a mí con su falsa tontería.

—Zambomba…, como diría mi amigo Frankie: ¡tiene usted una dialéctica formidable, Simón!

—Gracias. Con su permiso, seguiré utilizándola…

—No se moleste. Ya he comprendido sus intenciones: quiere recordarme que los Angevine eran dos personas exquisitas, buenas,

dignas de toda alabanza y aprecio. Eso ya lo sé. Así que evítese la molestia de ir recordándolo para provocarme remordimientos.

—Mi obligación es hablarle de los Angevine durante dos horas.

—Pues cumpla con su obligación… Y perdóneme si me muestro un poco descortés y no le hago caso.

Abrió, de nuevo el libro y reanudó la lectura… Stanford vaciló, pero apretó los labios con un gesto de determinación, y preparó el informe completo sobre Cecil Angevine para su lectura… Durante casi dos horas estuvo leyendo los tres informes, mientras, a su vez, Brigitte Montfort leía un libro. Por fin, Stanford terminó la lectura, guardó los informes en el portafolios y se puso en pie.

—He terminado —musitó.

—¿Qué…? —Alzó Baby la cabeza—. Ah… Oh, muchas gracias; Simón. ¿Nos volveremos a ver?

—No lo sé.

—Pues, en ese caso, le deseo larga vida y felicidad.

—Gracias. Lo mismo digo.

Stanford salió del salón, y Brigitte continuó leyendo, hasta, que, a los dos minutos, entró otro de los expertos. Brigitte, que había dejado el libro sobre la mesita; le miró con el ceño fruncido.

—Ya es la una, Simón —dijo—. La hora de almorzar, me parece a mí. ¿Acaso pretenden matarme de hambre?

—De ninguna manera. Estaré poco tiempo, y, desde luego, puede usted ir almorzando mientras conversamos.

—Muy amable. ¿Cuál es su cometido específico?

—El cometido específico de todos nosotros es saber por qué mató usted a los Angevine, y dónde está el documento que llevaba nuestro subdirector.

—No maté a los Angevine. Ni siquiera estuve en ese hotel.

—Sí estuvo usted allí —el recién llegado se sentó; y del portafolios sacó varios papeles—, y puedo demostrárselo.

—Eso será muy interesante. ¿Le importa que me dedique a almorzar, mientras tanto?

—Ya le he dicho que no. Y espero que la comida sea hoy de su completo agrado.

—Es usted muy amable.

Brigitte pidió el almuerzo por teléfono y le fue servido antes de que transcurriesen cinco minutos, durante los cuales, el nuevo

experto permaneció en silencio, tras rechazar el *martini* que ella le ofreció. El aspecto del almuerzo pareció complacer a la espía más peligrosa del mundo, que se dedicó a consumirlo con excelente apetito.

—Oh, perdone, Simón… ¿Usted gusta?

—No, gracias. ¿Puedo empezar?

—Naturalmente que sí.

—Gracias. Veamos… Usted dice que no estuvo en el hotel De Luxe, con los Angevine, ya que a las cinco menos veinte de la tarde, partió, hacia su cabaña en el lago, y no regresó de allá hasta las cuatro de la madrugada. ¿Correcto?

—Correcto y exacto.

—Es mentira. Veamos… A las cuatro de la tarde, el señor Angevine la llamó a su apartamento por teléfono, y usted contestó, aceptando la cita para las cinco: hemos comprobado eso. También, en la *suite* de Angevine hemos encontrado varias huellas digitales de usted, que han sido cotejadas, con resultado indiscutiblemente positivo, en nuestro departamento de Identificación. Con esto, por sí solo, es suficiente para que nosotros sepamos con toda seguridad que estuvo con los Angevine, en su *suite*. Después, la bala que se ha extraído del corazón de Cecil Angevine ha sido identificada como perteneciente a la última pistola que recibió usted de manos de McGee. En todos estos años, usted ha perdido varias veces su pistolita de cachas de madreperla, silenciosa y pequeña: McGee le ha proporcionado siempre otra igual. Y las estrías de la bala que retiraron del corazón de nuestro subdirector corresponden a las que imprime la última pistola que usted recibió. No hay dudas. También hemos sabido que, pese a que falleció a las siete aproximadamente, esto es, entre las seis y las ocho de la noche, la señora Angevine llamó por teléfono a la centralita del hotel, para dejar dos recados, a las nueve. ¿Comprende?

—Claro: si estaba muerta, no podía llamar.

—Sin embargo, la telefonista dice que la mujer que habló ella desde la *suite* de los Angevine, dijo ser la señora Angevine.

—Cosa de fantasmas —sonrió Brigitte.

—No. Es mucho más fácil de explicar: los Angevine habían llegado aquella misma tarde a Nueva York, de modo que la telefonista todavía no había tenido ocasión de escuchar la voz de la

señora Angevine, así que cuando una mujer llamó, desde su *suite*, diciendo ser ella, la telefonista no tuvo por qué dudarlo. Así que tomó los dos recados. Uno de ellos, que el señor Angevine no fuese molestado, y la muchacha se dispuso a no pasar llamada alguna. El otro recado fue que la señora Angevine iba a salir, y que si alguien telefoneaba pidiendo comunicación con ella, debían darle el recado de que, a las diez y media, ella estaría en la entrada a Central Park, enfrente de Avenida de las Américas. Si esa persona que tenía que llamarla lo hacía más tarde de las diez y media, la cita sería para las once y media…, y así sucesivamente, cada vez una hora más tarde… Poco después de tomar estos recados, la telefonista vio salir a la señora Angevine del hotel, en efecto. Es decir…, a una señora que, mientras cruzaba el vestíbulo, le pareció la misma que había llegado poco después de empezar ella su turno, a las dos. Y nada de fantasmas, nosotros tenemos la certidumbre de que, naturalmente, esa mujer no era la señora Angevine, sino usted, con ropas de ella.

—Qué fantasía tiene usted, muchacho…

—Usted ha hecho cosas mucho más difíciles que ésa. Pero sigamos: efectivamente, a las diez menos diez aproximadamente, un hombre llamó al De Luxe Hotel, pidiendo comunicación con la señora Angevine; la telefonista le dio el recado al hombre, y aquí termina esa parte de la pista. ¿Quién era el hombre? ¿Qué quería de la señora Angevine, y por qué le dejó usted ese recado? ¿Lo vio? ¿Qué ocurrió entre ustedes?

—Me está aturdiendo, Simón… ¡Ya no sé de qué me habla, ni sé qué responderle! Además, no sé nada de eso: ya le he dicho a todos que estuve en mi cabaña del lago…

—No es cierto. Cuatro expertos en investigación han estado allí durante todo el día de ayer y han dictaminado que hacía varias semanas que nadie había abierto la puerta ni las ventanas de su simpática cabaña. Por lo tanto, aparte de otros detalles del interior, ha quedado demostrado que usted no pudo estar en la cabaña. Sabemos que no fue allí. También en eso ha mentido.

—Es muy feo decirle a una dama que miente, querido.

—Más feo es asesinar —murmuró sombríamente Simón—. Pero en lo que a mí respecta, le juro que quisiera que usted me convenciera de que no lo hizo. Todos deseamos que usted nos convenza de ello, Baby. Sin embargo, las pruebas de que usted

miente son numerosísimas, claras; abrumadoras, como dicen los detectives.

—Abrumadoras, no: circunstanciales. Ninguna de esas pruebas que usted menciona son definitivas.

—Yo creo que sí. Pero aún tenemos más. Una más, al menos, que sí es decisiva. Antes de mostrársela, tengo que hacerle, sin embargo, una pregunta. Todos estamos intrigados respecto al paradero de la bala que hirió a la señora Angevine. ¿Qué pasó con ella?

—¿Con la bala?

—Sí. ¿Qué pasó con la bala?

—¿Y cómo quiere que yo sepa esto, si no estuve allí, ni disparé, ni…?

—Mire, Baby, como ya le he dicho, la bala que había en el corazón de Cecil Angevine ha sido extraída, y sabemos que es de la pistolita de usted. Como es lógico, nos hemos dedicado a buscar también la bala que hirió a la señora. Angevine en un costado, pero esa bala no ha aparecido. Sorprendidos por esto, nuestros expertos han insistido cerca del médico, sugiriendo que la bala quizá estaba en el cuerpo de la señora Angevine todavía… El médico lo ha negado. Y es más: estudiando con detenimiento la herida, ha llegado a la conclusión de que, a juzgar por la trayectoria, la bala debió quedar dentro del cuerpo de la señora Angevine… ¿Y sabe por qué no estaba la bala en el cuerpo?

—No. ¿Por qué?

—Porque fue extraída.

—¿Por el médico?

—No —gruñó Simón—. Claro que no. Fue extraída por otra persona. Creemos que por usted misma.

—Es decir, que disparo contra la señora Angevine y luego le extraigo la bala.

—Exactamente.

—Supongo que sería para evitar que la bala fuese identificada, ¿no?

—Sí, claro.

—Entonces… ¿por qué no retiré también la bala del corazón de Cecil Angevine?

—Porque no pudo hacerlo, no contaba con instrumental

adecuado para profundizar tanto.

—Ah. Sí, parece una teoría razonable.

—¿Admite que así sucedió?

—No estuve allí. Y en todo caso, si así hubiese sido… habría retirado las dos balas o ninguna. Como usted bien sabe, no soy tonta, Simón.

—No, no lo es. Pero estuvo allí, y disparó contra los Angevine. ¿Quiere pruebas decisivas sobre esto? Bien, al menos es absolutamente decisiva, en lo que respecta a nuestro subdirector. Vea esta fotografía.

La tendió de pronto hacia Brigitte, sosteniéndola de modo que ella viese la fotografía, sin tiempo para prepararse. Y mientras Brigitte miraba la fotografía el experto la miraba a ella, esperando una reacción.

No hubo reacción alguna. Si acaso, al hombre de la CIA le pareció que un destello de sorpresa pasaba, fugaz como un relámpago, por los bellísimos ojos azules. Sólo le pareció, porque Baby alzó las cejas y preguntó, interesada:

—¿De dónde han sacado esta fotografía?

—¿Se reconoce?

—Claro que sí. Sería absurdo negarlo.

—¿Reconoce que es usted? Fíjese bien: está disparando, lleva un abriguito azul de entretiempo, con el cuello forrado… ¿Es de usted? ¿Es usted? Fíjese bien.

—Soy yo. Y el abrigo es mío, lo sabe usted muy bien, ya que fue hallado en mi apartamento de Nueva York. Pero me pregunto cómo sabían ustedes que tenía un abrigo así, y precisamente de color azul… La fotografía no es en colores.

—Cuestión de espectografía, ésos son detalles que no nos conciernen a nosotros; Muy bien, es su abrigo, es su pistola, es usted… disparando. ¿Todavía insiste en negar que estuvo usted en la *suite* de los Angevine?

—Desde luego. Y no creo que esa fotografía pueda demostrar lo contrario. Además, puede ser trucada…

—No es trucada. Y puede demostrar que usted estuvo en la *suite* de los Angevine, porque lo que hay fotografiado detrás de usted ha sido debidamente ampliado y comprobado en la misma *suite*. Incluso podemos decirle dónde estaba usted exactamente cuando

disparó contra Cecil Angevine…

—¿También pretenden poder demostrar que estoy disparando precisamente contra el señor Angevine?

—De no ser así, no tendríamos esta fotografía.

—No comprendo.

—La fotografía fue tomada por los ojos de Cecil Angevine.

Esta vez sí fue visible el ligero gesto de sobresalto de Brigitte, que se detuvo con la copa de champaña en alto. Hubo un gesto tenso en sus labios; brevísimo, pero perceptible. Luego se llevó la copa a la boquita y bebió, como besándola.

—Los ojos del señor Angevine —musitó—. ¡Eso quiere decir que han utilizado la «Photolasser»!

—En efecto. Me alegra saber que está usted al corriente de los últimos adelantos… Y supongo que ya no va a seguir negando que usted mató a los Angevine.

—Claro está que lo niego.

—¿Lo niega? —Respingó el experto—. ¡Pero…!

—Lo niego rotundamente. Ni siquiera estuve allí.

El hombre de la CIA enrojeció.

—Es como si me estuviese usted negando que está aquí, delante de mí —masculló.

—¡Qué tontería! ¿Cómo podría negar que estoy delante de usted, Simón?

—Absurdo, ¿verdad? Pues igualmente absurdo es que niegue lo que tan claramente indica esta fotografía. Por lo tanto, le ruego que se sincere conmigo. Veamos, el señor Angevine la llamó a su apart…

—No me llamó.

—¡La llamó a usted estuvo allí!

—No.

—¡Pero, por Dios, esto es una estupidez! Si la foto… Perdone, no he pretendido llamarla estúpida, lo siento. Es que…

—No se preocupe, querido, le comprendo. ¿Quiere un traguito de champaña?

—No, gracias; está drogado.

—Lo sé —rió ella—. He percibido el sabor de la droga en cuanto he mojado mi lengua. Supongo que me dormiré. Y me ha parecido usted tan cansado y excitado, que he querido proporcionarle

también unas horas de sueño.

—Muy amable, pero no me gusta esa clase de sueño: si me interrogasen entonces, diría verdades sobre mí que no quisiera que fueran del dominio público.

—Oh… ¡Terrible! ¿De manera que me han administrado una… droga de la verdad? Es perder el tiempo: seguiré diciendo que no estuve allí y que no maté, a los Angevine.

—Quizá resista usted la, droga…, pero lo hizo, ¿verdad?

—No.

El hombre de la CIA soltó un bufido, guardó las fotografías y se puso en pie.

—Será mejor que se apresure a terminar su almuerzo: estará dormida antes de cinco minutos.

—Siempre me han encantado las siestas —sonrió Baby—. Y le voy a hacer una apuesta, Simón.

—¿Qué apuesta?

—Un dólar a que tardo bastante más de cinco minutos en dormirme.

—Imposible.

—¿Va el dólar?

—Desde luego.

Brigitte Montfort sonrió y continuó comiendo. Para el experto, lo hacía con toda naturalidad, le era imposible darse cuenta de los esfuerzos que realizaba la espía para no ser vencida por la droga. Pero ella sí se daba cuenta, y sentía todos los nervios tensos, los párpados le pesaban como si fuesen gigantescos y de plomo. En su cerebro estaba vibrando la señal de alarma, la señal de resistencia a todo, la señal negativa, si lo conseguía, si sus entrenamientos daban resultado, por muchas cosas que le preguntasen, ella diría «no».

—¿Cuánto… tiempo… ha pasado?

—Cuatro minutos y medio. Ya está casi dormida.

—Todavía… aguantaré más de… de medio minuto.

Medio minuto más tarde, fruncido el ceño, sacó un billete de dólar, y lo dejó sobre la mesita, delante de Brigitte.

—No aguantará mucho más —aseguró.

—Pero ya… he ganado…

—Sin duda.

La cabeza de Brigitte cayó sobre el pecho, pero la alzó

inmediatamente, y abrió mucho los ojos. Se puso en pie, encendió un cigarrillo y comenzó a caminar. Simón miró su reloj: pasaban ya dos minutos. Tres. Cuatro… Parecía imposible. Pero, a fin de cuentas, la divina espía sólo estaba demostrando que todos los esfuerzos de la CIA para entrenarla no habían sido en vano.

Brigitte se sentó en un sofá, apagó el cigarrillo en el cenicero y se tendió. Quedó fulminada.

Capítulo IV

—¿Dónde está el documento?

—No —replicó.

—¿Lo tiene en su apartamento?

—No.

—¿Lo ha entregado a algunos amigos rusos?

—No.

—¿No tiene usted amigos rusos?

—No.

—Debemos entender que es usted estricta y absolutamente fiel a la CIA, ¿verdad?

—No.

—Pero sí es fiel a Estados Unidos.

—No.

—¿Conoce a Charles Alan Pitzer?

—No.

—¿Y a míster Cavanagh?

—No.

—Pero sí a los Angevine.

—No.

—¿Conoce usted a Brigitte Montfort?

—No.

—¿Dónde está el documento?

—No.

—Se vio con un hombre a las diez y media en Central Park…

—No.

—¿Quién era ese hombre?

—No.

—Era un ruso, lo sabemos.

—No.

—¿Era un americano?

—No.

—¿Dónde está, la Estatua de la Libertad?

—No.

—Hay mucha agua en el mar, ¿cierto?

—No.

—¿Dónde…?

—Es inútil —intervino míster Cavanagh—. Ya les dije que no daría resultado: ha condicionado su mente a una sola respuesta.

—Eso no es posible —farfulló el experto que interrogaba a Brigitte—. ¡Ni para ella ni para nadie!

Los demás asintieron con gestos, mientras Cavanagh seguía moviendo negativamente la cabeza, y, a su lado, Pitzer que había llegado de Nueva York por fin hacía algo más de una hora, demostraba, con su actitud y su gesto, que estaba de parte de Cavanagh.

Fue Pitzer quien preguntó:

—¿Sería usted capaz de clavarse un alfiler de ocho pulgadas en la palma de la mano, atravesándola, y no sentir dolor, y retirar el alfiler sin que brotase la sangre?

—¡Claro que no! —exclamó el experto.

—Yo le he visto a ella hacerlo.

—¡Un truco que…!

—Nada de trucos. Yo también lo creí así, hice lo mismo que ella, y casi me desmayé. Yoga, simplemente: El dominio de la mente es algo básico para quien pretenda practicar de verdad el yoga. Y ella lo practica. No vamos a conseguir nada por ahí.

—En cuanto al detector de mentiras —añadió Cavanagh—, lo único que quizá nos indicaría sería que Baby estaba mintiendo, pero no nos aclararía la verdad.

—¡Todos sabemos, con toda seguridad, que ella estuvo allí, y que mató a los Angevine! ¡Y no me digan que ustedes creen que ella no estuvo allí!

—Estuvo allí —murmuró Cavanagh—. Y los mató. Pero no conseguiremos nada, a menos que recurramos a la violencia.

—Y en ese caso —intervino el director de la CIA—, usted presentará su dimisión, Cavanagh.

—Yo tengo preparada la mía, señor —se tocó Pitzer la chaqueta, sobre un bolsillo interior.

—Voy a lamentar muchísimo perder dos hombres de los méritos de ustedes —susurró el director—. Pero Baby ha cometido alta traición, apoderándose de un documento que en manos de los rusos complicaría las cosas como nunca, y, además, ha matado a Angevine y su esposa. Lo siento.

—Lo sabemos, señor. Bien, si están dispuestos a…

—Un momento… —exclamó uno de los expertos—. ¡Acaba de ocurrírseme algo!

Por supuesto que se ganó la atención de todos.

—¿De qué se trata? —inquirió el director.

—Tenemos en la Central muchas grabaciones efectuadas por la agente Baby, ¿no es así? Ella siempre presenta sus informes en una cinta grabada… Disponemos de su voz y de muchas cintas grabadas, además de todo lo que hemos estado grabando, desde que ella entró en este salón… Podemos hacer un arreglo técnico, con todas esas cintas. Llevará tiempo, pero disponemos del que queramos. Sólo tenemos que hacerle dormir más tiempo, mientras preparamos la cinta con su confesión de que mató a Angevine… Ella creerá que hemos tenido éxito con la droga, y ya no verá inconveniente en «acabar» de explicárnoslo todo.

Durante unos segundos, hubo intercambios de miradas esperanzadas, pues la perspectiva de maltratar a Baby los tenía a todos de un humor pésimo, sombrío. Pero Pitzer vació un tonel de agua helada sobre los presentes, al asegurar:

—No podrán engañarla. Se dará cuenta de que es un arreglo de varias cintas.

—Sí… —vaciló Cavanagh—. Creo que se dará cuenta. Vamos, vamos, señores: estamos tratando con Baby, no con una muchachita asustadiza… Sí, se dará cuenta. Seguro.

—Pero ¿qué perdemos probando? Para romperle los huesos siempre estamos a tiempo, maldita sea mi estampa… Además… —Miró el experto que hablaba al director, un poco turbado—. Bueno, señor, eso de maltratar a Baby… La verdad…

—Diga lo que sea, Conway.

—Pues… Bueno, señor, si hemos de llegar a eso, creo… creo que… presentaré mi dimisión. Lo siento, señor.

El director se quedó mirando fijamente al preocupado agente, que bajó la mirada. Miró a los demás, que hicieron lo mismo, un

poco pálidos.

—No dudo de que encontraré en la CIA personal adecuado para ese menester —dijo con voz ronca—. Y por si le interesa, yo sería el primero en lamentar tener que llegar a esos extremos. Mientras tanto, haremos la prueba sugerida por Conway. Ya me dirán los resultados…

—Se dará cuenta —insistió Pitzer.

* * *

Después de abrir tos ojos, aún permaneció tendida en el sofá durante algunos minutos, fija la mirada en el techo… Una mirada apagada, adormecida todavía. Luego, miró su relojito: marcaba las cinco y veinte. Las cinco y veinte, sí, pero… ¿del día o de la noche? ¿Y de qué día o qué noche?

Se sentó, y entonces vio a los dos expertos, mirándola fijamente. Cada uno de ellos ocupaba un sillón, y entre ambos había una de las mesitas, y sobre ésta un pequeño magnetófono.

—De manera —dijo Brigitte, con voz un poco ronca— que han vuelto los dos juntos…

—Eramos seis —dijo Stanford—, pero ya hemos terminado, prácticamente. Nosotros dos podemos dar los últimos toques al trabajo.

—¿Los últimos… toques?

—Sí: el resto de su confesión.

Un claro destello de alarma apareció en los ojos de la divina espía.

—¿Qué quiere decir? —musitó.

—Tenemos la esperanza de que, al menos, admita que ésta es su voz —dijo Stanford, poniendo en marcha el magnetófono.

En seguida se oyó su propia voz, y luego la de Brigitte, conversando en la primera entrevista. El otro experto frunció el ceño.

—Eso ya lo sabe ella… Pasa directamente al final.

—Está bien.

Stanford hizo pasar más de la mitad de la cinta, y entonces se oyó en primer lugar la voz de Brigitte Montfort, y luego la del hombre que la había interrogado, bajo los efectos de la droga:

—No.

—¿Era un americano?

—No.

—¿Dónde está la Estatua de la Libertad?

—No.

—Hay mucha agua en el mar, ¿cierto?

—No.

—¿Dónde está el documento?

—No… no lo sé…

—Sí lo sabe… O lo tiene usted o lo entregó a alguien. ¿Lo tiene o lo entregó?

—No… ¡No, no, no!

—Lo estamos consiguiendo —intervino otra voz—. ¡No la dejes ahora!

—El documento: ¿lo tiene o lo entregó?

—¡No!

—¿No lo tiene? ¿No lo entregó?

—No… no sé nada…

—Pero sí sabe que disparó contra Cecil Angevine, ¿verdad? ¿Lo sabe?

—No, no…

—Sí lo sabe. Disparó, ¿no es cierto?

—No… No, no…

—¿Por qué no nos dice la verdad? Somos sus amigos, Brigitte. Usted disparó Contra Angevine, ¿no es cierto? ¿Lo mató usted o no?

—Sí… Sí, lo hice…

—Ya sabemos eso. Bien: ¿por qué?

—Lo hice… Sí, lo hice, disparé contra él…

—¿Por qué?

—Disparé… Disparé… Disparé…

—¿Por qué? ¡Díganos por qué!

—Cuidado —se oyó todavía otra voz diferente—. La estás forzando demasiado.

—Estamos a punto de conseguir que…

—Hay que dejarla descansar. Ya ha confesado que lo hizo, y, de momento; eso nos basta. Ahora dejémosla en paz. Cuando despierte hablaréis con ella, y, si vuelve a negar, insistiremos con la droga.

—Está bien. La verdad es que no quisiera perjudicar a Baby de

ninguna manera…

Stanford detuvo la marcha del magnetófono, y se quedó mirando a Brigitte Montfort, cuyos ojos, muy abiertos, estaban fijos en el aparato. De pronto, suspiró y dejó caer la cabeza, vencida. Los dos expertos cambiaron una mirada de triunfo, velozmente.

—Como ve, ya es inútil que siga negando. Sabemos por usted misma que lo hizo, así que, de un modo u otro, insistiremos hasta que nos diga por qué. Por favor, Baby, no nos dificulte las cosas. ¿Qué gana con ello?

Brigitte permaneció casi medio minuto inclinada en el sofá, oculto el rostro tras sus manos, inmóvil. Cuando alzó la cabeza, los dos expertos vieron su gesto crispado, un tanto demudado.

—Sí… Sí, lo hice, es cierto… ¡Lo maté, pero no fue a propósito, no era ésa mi intención! Claro que no…

—¿No quería matarlo, pero disparó contra él? Explíquenos eso, por favor.

—No… no disparé contra él, sino contra el ruso…

—¿El ruso? —Respingó Stanford—. ¿Qué ruso?

—Había…, había tres rusos allí, cuando yo llegué a la *suite*… Uno de ellos…

—Espere. ¿Por qué no empieza desde el principio? Desde que el señor Angevine la llamó… Porque la llamó, ¿verdad?

—Sí… Él me llamó a las cuatro de la tarde. Le dije que iría, naturalmente. Y fui a eso de las cinco. Cuando entré, los tres rusos ya estaban allí. Bueno, de momento, yo sólo vi a dos. El otro lo vi cuando desperté…

—¿Cuando despertó? ¿Qué quiere decir?

—Yo llegué, empujé la puerta, que estaba abierta, y entré, tranquilamente, porque sabía que el señor Angevine me estaba esperando. Supuse que había sido él quien había dejado la puerta abierta, para que entrase en seguida y nadie me viera ante su puerta, sin necesidad de tener que estar él allí esperando… Entré, y fui directa al saloncito. Allí estaban Cecil y Susan Angevine y dos rusos. Comprendí en seguida que eran rusos… Estaban apuntando a los Angevine con sus pistolas con silenciador, y llevaban guantes. El señor subdirector estaba en pie, y a su lado, un poco más atrasado, se hallaba uno de los rusos. La señora Angevine estaba sentada en un sillón, y detrás de ella, también de pie, había otro ruso, que al

verme aparecer dejó de apuntarla a ella para apuntarme a mí. Naturalmente, puesto que iba a ver al subdirector de la CIA, yo no llevaba mi maletín, pero sí había decidido tomar mi pistolita… La llevaba en el escote, pensando que podría necesitarla, si lo que tenía que encargarme el señor sub…

—Sí, de acuerdo. Entró, habían dos rusos. ¿Qué más?

—Bien —Brigitte se pasó la lengua por los labios—. Me quedé paralizada por la sorpresa, y, claro, comprendí en seguida que había caído en una trampa, sin que el señor Angevine hubiese podido hacer nada por advertirme. Me quedé quieta, e intenté simular que me había equivocado de *suite*, pero claro, los rusos se rieron. Me preguntaron quién era… El señor Angevine me miraba de un modo que tuve que comprender: fuese como fuese, yo debía salvar aquella situación… Sí, por el modo de mirarme, supe que el asunto era tan importante que había que arriesgarlo todo, fuera como fuese. También me dio a entender que detrás mío ocurría algo, pero… pero eso sólo lo comprendí más tarde, cuando ya no había remedio. Uno de los rusos, viendo que yo no contestaba, dijo que el subdirector de la CIA no iba a citar allí a cualquier agente femenina de la CIA, y que, por tanto, yo debía ser Baby… Estábamos en un hotel, y supe que no se complicarían la vida conmigo, que me matarían… Luego me demostrarían lo contrario, pero entonces pensé eso: me iban a matar, y también iban a matar a los Angevine… ¿Qué podía hacer?

—¿Sacó usted su pistolita?

—Sí… Sí. Fui tan rápida que casi los sorprendí… Casi. Disparé contra el que estaba junto al señor Angevine, pero… pero sucedió algo… horrible… El ruso tiró de un brazo del señor Angevine, buscando apoyo para saltar más rápidamente detrás de él… El resultado fue que los dos se movieron: el ruso quedó atrás del señor Angevine, y… y éste recibió la bala en el pecho… Quedé paralizada de horror. Él se había quedado de pie, y me miraba, con los ojos muy abiertos, incrédulo… Creo que no estuve paralizada ni un segundo, fue una de esas visiones brevísimas que… que duran toda la vida… Luego, ya no tuve tiempo de nada: el tercer ruso, que había estado oculto detrás de mí, me golpeó en la cabeza, y caí… Lo último que vi, muy confusamente, fue a la señora Angevine corriendo hacia la puerta. Y cuando desperté, ella estaba muerta, de

una herida en el pecho…

—No. Sólo la hirieron en un costado: se mató cuando, al recibir la herida, cayó y se golpeó contra una mesita de cristal.

Brigitte Montfort bajó la cabeza, mordiéndose los labios.

—Lo siento —gimió—. ¡Lo siento! Oh, Dios mío, cuánto lamento no haber podido…

—¿Qué pasó luego?

—¿Luego? Sí… Bueno, cuando desperté estaba tendida en el suelo. A mi lado había un ruso, apuntándome con su pistola… Los otros dos estaban buscando algo por la *suite*… Por fin, varios minutos después de que hubiese recobrado el conocimiento, uno de ellos, el que buscaba por el dormitorio, lanzó una exclamación, y a los pocos segundos salió, llevando un sobre en una mano. Dijo que ya lo había encontrado, y que podían marcharse, después de matarme…

—Podían haberla matado antes, ¿no? Mientras usted estaba sin sentido…

—Es que uno de ellos, el que dirigía el grupo, no tenía intenciones de matarme. Quería intentar llevarme viva a Rusia. Dijo que tenía una idea genial para que, si escapaba de ellos, los de la CIA me acribillasen en cuanto me viesen. Y además, para ganar tiempo, dijo que había pensado algo… Me hizo llamar por teléfono a la centralita del hotel, diciendo ser la señora Angevine, y que…

—Sabemos todo eso. Y usted llamó, claro.

—Claro… Sabía que, en cuanto les ocasionase la menor dificultad, me matarían. ¿Qué otra cosa podía hacer?

—En eso estamos de acuerdo con usted, naturalmente. ¿La obligaron a vestirse luego con ropas de la señora Angevine?

—Sí… Sí, así fue. Salimos los cuatro, yo en el centro del triángulo que formaban ellos. Sabía que, al menor movimiento que les inquietase, me matarían, así que Obedecí en todo dócilmente…

—Entonces… ¿usted no se entrevistó con ningún hombre en Central Park?

—¡Claro que no!

—Pero un hombre llamó antes de las diez y media… Dios, qué jugada… Sería uno de ellos, por supuesto. Usted había matado a Angevine, aunque sin proponérselo… Lo arreglaron todo de modo que nosotros pensásemos… precisamente lo que hemos estado

pensando: que usted, por motivos incomprensibles, había matado a los Angevine y que se había llevado el documento… ¡Por eso dijeron que los de la CIA la íbamos a acribillar, en cuanto la viésemos!

—No sé… Sí, supongo que sería por eso… ¡Pobre señora Angevine! Y pobre señor Angevine… ¡Les juro que en ningún momento pretendí matar a…!

—Tranquilícese, no tiene que convencernos de eso, Baby. Mató al señor Angevine por accidente, precisamente intentando ayudarle, salir los tres de aquel apuro. Mala suerte, y así fue. Pero entendemos que se la llevaron los rusos, ¿no? ¿Cómo es posible que usted volviese sana y salva, a su apartamento? ¿La dejaron marchar?

Brigitte miró, atónita, a Stanford.

—¡Desde luego que no me dejaron marchar! —exclamó—. ¿Qué tonterías dice usted, Simón?

—Bueno, el hecho cierto es que usted regresó a su apartamento a las cuatro de la madrugada, ¿no es así? Y que está aquí ahora, no en Moscú.

—Sí… Bueno, claro… Los maté.

—¿Mató a los tres rusos?

—Sí.

—Pero… ¿cómo…, dónde, cuándo…?

—Pues… salimos del hotel y fuimos a un estacionamiento subterráneo. Nos metimos en un coche y en él fuimos a los muelles del East River. Concretamente, creo que fuimos al 9, porque en el contiguo estaban tomando tierra entonces dos helicópteros, en el helipuerto, así que calculé que aquél era el 6, y el que fue nuestro punto de destino el 9… Había un yate allí, y me hicieron subir a él… Decían que navegaríamos hacia Canadá, donde tenían medios para tomar un avión que los llevaría en vuelo directo a Murmank, en la península de Kola. Me habían encerrado en uno de los camarotes, atada de pies y manos. Estaba en la litera, y les oía hablar…

—¿Hablaban del documento?

—Sí… Sí, sí. Lo estaban leyendo… y parecían… digamos muy molestos.

—Es natural, por lo que tengo entendido —palideció Stanford—.

¿Recuperó usted ese documento?

—Sí.

Los dos expertos cambiaron una mirada de grandísimo alivio.

—Menos, mal… ¿Sabe si ellos hicieron copias o…?

—No. Estoy segura de que no. Estuvieron mucho rato hablando… A cada instante, sus voces me parecían más airadas. Por fin, comprendí que íbamos a zarpar hacia Canadá…

—Por todos los demonios… ¡díganos de una vez cómo pudo escapar de esa situación!

—Apreté el tacón de uno de mis zapatos contra la litera, hasta que lo arranqué de cuajo, de modo que aparecieron las puntas de algunos clavitos. Con ellos, conseguí romper las cuerdas que sujetaban mis muñecas; luego, solté mis pies, salí del camarote… y los… los maté a lo tres…

—¿Cómo?

—Prefiero no hablar de eso. ¿Qué importa? Tres hombres más… ¿Qué importa? Los maté, tiré sus cadáveres al mar, regresé con el yate, lo dejé en el puerto, y me fui a casa… Eso es todo.

—¿Y el documento?

—Lo tengo allí, en mi apartamento.

—¿Dejó usted el yate en el puerto?

—Sí.

—Díganos su nombre, y el sitio exacto en que lo dejó.

—Si, me fijé en su nombre, antes de marcharme… Se llamaba Snowball. No recuerdo exactamente dónde lo dejé, no me fijé… Sólo quería alejarme de allí, volver a casa… No sabía qué otra cosa hacer. Desde luego que Peggy me indicó que me habían estado llamando, pero le ordené que dijese que no se había acordado de hacerlo… Quería pensar…

—¿Pensar? ¿En qué?

—Había matado al subdirector de la CIA, ¿no es así? ¿Qué podía ocurrirme, qué me dirían, qué pensarían de mí…? Tomé la resolución de decir que no había estado con los Angevine, que no sabía nada… Y cuando leí el documento, pensé en destruirlo. Al fin y al cabo, había impedido que fuese a manos de los rusos… ¿Por qué complicarme la vida diciendo que yo había matado a Cecil Angevine? Además de su muerte estaba mi fracaso… No sé… Sencillamente, no quise afrontar lo que significaba el hecho de que,

accidentalmente o no, hubiese matado al subdirector de la CIA. Tenía el documento, que era lo importante, y quise… evitarme todo lo demás. Supongo que he sido bastante estúpida… Lo siento. ¡Lo siento, y ya no sé qué más decir!

Cerró los ojos. Los dos expertos contemplaban su rostro contraído, la mueca de angustia en sus labios. Cambiaron una mirada y se pusieron en pie.

—Vamos a estudiar toda su información, Baby. Seguramente, volveremos por la mañana, para hacerle muchas preguntas, que dejen las cosas aclaradas en todos los pequeños puntos que, de momento; están un poco confusos…

—¿No me creen? —Respingó Brigitte.

—Personalmente, sí. Pero tendremos que efectuar muchas comprobaciones, hacerle más preguntas… ¿Le molestará contestarlas?

—No… ¿Qué importa ya?

Stanford miró su reloj, y sonrió amistosamente.

—Será mejor que duerma un poco… de modo natural. Son las seis de la mañana. Volveremos a verla después del almuerzo, si le parece bien. Antes, si es posible, a fin de que tomen una decisión rápida sobre usted.

—¿Qué más da? —Brigitte volvió a tenderse en el sofá y sus ojos quedaron de nuevo fijos en el techo—. ¿Qué me importa…? No siento interés por nada… Absolutamente por nada, estoy cansada, agotada, deprimida…

—Procuraremos molestarla lo menos posible.

Sin embargo, la molestaron. Primero muy poco después de que los dos expertos hubieran salido, entró un médico, que, sin explicaciones ni subterfugios examinó la cabeza de la agente Baby, encontrando que, en efecto, tenía señales evidentes clarísimas, de haber recibido recientemente un golpe en la parte posterior de la cabeza. Más tarde, pero antes de la hora del almuerzo, cuando la divina espía todavía estaba durmiendo, entraron dos expertos de los que: todavía no la habían visitado, y la acribillaron a preguntas; grabando toda la conversación.

Finalmente, hacia las siete de la tarde, la visitó el director de la CIA.

Capítulo V

Y lo primero que dijo el director de la CIA fue:

—Lamento muchísimo lo sucedido, señorita Montfort. Y espero que no nos guarde rencor.

Brigitte le miró, con expresión triste, apagada. Los dos estaban deprimidos, fatigados moralmente.

—Yo también lo siento, señor —murmuró—. Y no guardo rencor a nadie, se lo aseguro. La actitud de ustedes ha sido la que correspondía a un caso de alta traición, lo comprendo muy bien. Sólo espero que no sea usted el que me guarde rencor a mí: no ignoro que Cecil Angevine y usted eran muy buenos amigos personales.

El director movió la cabeza en sentido negativo, se sentó y encendió un cigarrillo con mano algo temblorosa.

—Cualquier cosa que ocurra dentro de la CIA es siempre mejor a una alta traición —dijo—. En el caso de usted, al matar a Cecil, hubo mala suerte. Y no me cabe la menor duda de que usted es la primera en lamentarlo.

—Así es. Gracias por su comprensión, señor. Quizá… Sí, he sido una tonta, lo admito. Pero entiéndalo: para mí era… humillante y doloroso decir que había matado a…

—Dejemos eso —suspiró el director—. Ya no tiene remedio, y, cuándo menos, usted evitó otros males. Habría sido terrible que ese documento fuese a parar a manos de los rusos… ¿Está segura de que no enviaron ninguna copia a alguna parte?

—No tuvieron tiempo, ni tenían intención de hacerlo, ya que estaban seguros de llegar a Canadá, y de allí a Rusia.

—Bien… Algo se ha salvado de este desgraciado asunto.

—Quizá todavía podamos salvar algo más, señor.

—¿Sí? —se sorprendió él—. ¿A qué se refiere?

—Al parecer, usted no se ha preguntado cómo pudieron los

rusos enterarse de la existencia de ese documento, de esa carta que iba dirigida al Gobierno de Pekín con la oferta de la CIA.

—Desde luego que me lo he preguntado. Y no he hallado una respuesta satisfactoria. ¿Usted sí?

—Podría ser.

El director de la CIA entornó los ojos, contemplando expectante a la mejor agente de que disponía. Sí, pese a aquel fallo que podía definirse cómo… mecánico, al errar un disparo, sería absurdo menospreciar el valor moral, físico e intelectual de la señorita Montfort.

—Me gustaría escuchar su opinión al respecto —murmuró.

—¿Puedo saber el nombre del agente chino con el que, según entiendo, estaba usted directamente en contacto…?

—Shiu Mei.

—Gracias. Y una pregunta, señor: ¿se jugaría usted la cabeza por la fidelidad de Shiu Mei hacia China o hacia la CIA?

El director comprendió en seguida y palideció.

—Desde luego que no. Pero la oferta de la CIA al Gobierno chino era muy ventajosa para ellos, y muy perjudicial para los rusos.

—Aún así, cabe pensar que Shiu Mei tuviese… iniciativas muy particulares. Nada nos impide pensar que llegó a un acuerdo con los agentes de la MVD soviética, avisándoles de lo que podían conseguir en aquella *suite* del De Luxe Hotel. Porque si no fue así… ¿de qué otro modo se enteraron los rusos de la existencia de esa carta dirigida a Pekín?

—De ningún otro modo, ya que solamente Angevine y yo conocíamos su existencia, aparte de Shiu Mei. Pero me parece absurdo. A Shiu Mei le bastaba recibir la carta de manos de Angevine, obtener unas fotografías de ella, y, si lo que quería era dinero, los rusos le habrían pagado lo mismo por las fotografías que por el original de la carta. Y sin riesgos para nadie.

—Para Shiu Mei, sí. Supongamos que lo hubiese hecho como usted dice, señor… Muy bien: la CIA no habría tardado en comprender, por la actitud de los rusos en general, que esa carta había sido leída por ellos. Y entonces… ¿de quién habría sospechado usted, señor? ¿De Cecil Angevine? ¿De usted mismo? ¿O del chino que había actuado de intermediario, Shiu Mei?

—Sin la menor duda, de Shiu Mei.

—Entonces, era mejor para éste que los rusos se apoderasen directamente del documento, con lo que el conocimiento por parte de Moscú sobre su contenido resultaría lógico…, y nadie podría sospechar de él, que ni siquiera habría recibido el documento de manos del señor Angevine.

El director de la CIA se pasó las manos por la cara. Estaba cansado, aburrido, asqueado.

—Es muy posible que tenga usted razón…, como siempre. Quizá confié demasiado en ese chino.

—Yo no tengo nada contra los chinos, señor —aseguró la divina espía—. Por el contrario, los considero un pueblo inteligente y culto, en general. Sin embargo, creo que, por el momento, a la CIA no le interesa la clase de… contactos y acciones que la carta explicaba.

—La leyó usted, claro.

—Naturalmente, señor —intentó bromear Brigitte—. No sería una espía, si no lo hubiese hecho. ¿Va a pedirme que sea discreta?

—Sé que no necesito pedirle semejante cosa. En cierto modo, esto que ha ocurrido ha sido una buena lección para mí. Creo que destruiré esa carta, y… reflexionaré sobre los términos en que me dirigía a los chinos. Si los rusos la hubiese enviado a Moscú…

—En mi opinión, aunque no pretendo que usted la tenga en cuenta, esa clase de ofertas, que contiene la carta, son un poco precipitadas y excesivas Si yo fuese usted, quizá enviaría determinadas ofertas a Pekín, pero no todas las que contiene la carta.

—Eso es exactamente lo que yo he decidido hacer, después de todo esto que ha sucedido. Seré más… moderado. Bien… entiendo que dispone usted del documento. Si le parece, vamos a llevarla en helicóptero a la terraza del Crystal Building, y un par de agentes bajarán a su apartamento para recoger esa maldita carta que jamás debí escribir.

—Celebro que piense si. ¿Ya han comprobado todos los puntos de mi… confesión?

—Sí. Hemos encontrado el yate Snowball, abandonado todavía allí, en el muelle. Tarde o temprano, algunos rusos irán a ver qué ha ocurrido, pero no queremos complicarnos la vida, así que para nosotros es como si ese yate no existiese… ¿Sabe que este asunto ha

estado a punto de costar a la CIA la pérdida de dos de sus mejores elementos directivos?

—No comprendo…

—Pitzer y Cavanagh habrían dimitido, si a usted la hubiésemos golpeado una sola vez. Y me parece que muchos otros… empleados de la firma habrían hecho lo mismo. A propósito: ellos están esperando, por si usted no tiene inconveniente en que la acompañen en el helicóptero.

—Al contrario. Me encanta estar con ellos.

—En ese caso, creo que bastará que Cavanagh se encargue de recoger el documento y traérmelo; ahorraremos molestias a otros agentes. Dígame una cosa, señorita Montfort: ¿también le… encanta estar conmigo?

—¿Por qué no, señor? Le aseguro que no le guardo rencor, y que si yo hubiese estado en su lugar habría hecho lo mismo. Quizá cosas peores, incluso, ante un caso de evidente alta traición con asesinato.

—Es usted muy comprensiva.

—Y usted, a fin de cuentas, es un Simón, señor.

—Gracias… —El director de la CIA tragó saliva—. Muchas gracias, Baby: no podía usted haberme demostrado más claramente que me ha perdonado. Feliz viaje.

—Por lo menos —sonrió Brigitte Montfort—, será más feliz que cuando me trajeron prisionera a la Central, señor.

* * *

Peggy abrió la puerta del apartamento, y, tan sólo al ver las expresiones de Pitzer y Cavanagh comprendió que todo se había arreglado; parecían incluso más felices que la propia señorita Montfort.

—Señorita…, ¡qué alegría! ¡No le ha ocurrido nada…!

—Eso parece —sonrió la espía—. ¿Todo bien por aquí?

—Oh, sí… Bueno, yo diría que, mejor que bien.

—¿Mejor que bien? Eso quiere decir óptimo, si no me equivoco. ¿Qué de óptimo ha sucedido aquí durante mi ausencia?

—Pu… pues yo… yo me asusté y… y… No sé si he hecho bien, señorita, pero pensé que… que él podría…

Brigitte ya no la escuchaba. Había lanzado una exclamación de

alegría, y corría hacia al interior del apartamento, seguida presurosamente por los sorprendidos Cavanagh y Pitzer…, que llegaron a tiempo de verla echarse en los brazos de aquel sujeto de ojos negrísimos, nariz aguileña, cabellos color cobre y mandíbula que parecía de pura roca. Alto y delgado, de hombros anchos, tostado intensamente por el sol, aquel hombre resultaba siempre impresionante.

—¡Uno! —exclamó Brigitte—. ¡Has venido…!

Número Uno la acogió en sus brazos, correspondió al apasionado beso de ella, pero brevemente, y la apartó. Su negra mirada pareció atravesar la fina piel dorada de Brigitte Montfort.

—¿Estás bien? —preguntó.

—Oh, sí, sí… ¡Sí, mi amor!

—Entonces, he hecho el viaje en vano, ¿no es así?

Peggy emitió un gemidito, y Pitzer y Cavanagh miraron un tanto hoscamente a Número Uno, el mejor espía de todos los tiempos. Pero la agente Baby, colgada del cuello del espía, le obligó a inclinarse de nuevo, y le besó en los labios otra vez. Un beso con sonrisa, porque a ella, el tono seco y desabrido de Número Uno ya no le impresionaba lo más mínimo. Ya no la engañaba: sabía que él había estado pensando en el modo de asaltar la Central de la CIA, o convertir el edificio en cenizas, si hubiese sido necesario, con tal de sacarla de allí.

—¡En vano…! —protestó—. Me estás viendo, te estoy besando… ¿y dices que has hecho el viaje en vano?

—Si hubiesen tardado doce horas más en soltarte, habría atacado a la CIA —dijo él, muy seriamente—. Con lo cual, naturalmente, habría demostrado que estoy loco.

—¿Por mí? —sugirió Brigitte dulcemente.

Número Uno frunció el ceño.

—¿Qué jugarreta les has hecho esta vez a tus… jefes?

—Pues… les he engañado como a chinos.

—Será divertido escuchar esa historia —casi sonrió Número Uno.

—Fue un malentendido —dijo. Pitzer.

—Que ya se ha aclarado —añadió Cavanagh.

Número Uno los miró, miró de nuevo a Brigitte y dijo:

—Me he permitido abrir tu caja fuerte secreta y he leído una

carta que… ¿Se te ocurre alguna palabra mejor que «porquería», para definir esa carta?

—¡Usted no tenía derecho…! —empezó Pitzer.

—No se me ocurre ninguna palabra mejor, mi amor —dijo la divina espía—. Es una completa porquería. Pero no va a ser cursada.

—Ya. O sea, que lo has conseguido.

—Claro.

—Claro… ¿Por qué siempre te has de complicar la vida de un modo tan absurdo? Si la CIA escribe una carta es para que sea leída, ¿no?

—Oh, sí, mi amor… Pero yo decidí que esa carta no fuese leída por nadie. Y menos que por nadie, por los rusos, claro está. Cosa que conseguí: ni un solo ruso ha visto esa carta.

—¿Cómo que ni un solo ruso? —se sorprendió Pitzer—. Por lo menos tres de ellos la leyeron, aunque por fortuna están muertos, así que no podrán…

—¿Cómo dice, tío Charlie? —Le miró socarronamente Brigitte—. ¿De qué está hablando?

—Pues de los tres rusos que…

—Pero, querido, ¡los rusos no han intervenido en esto!

—¿Cómo que no? —Palideció Pitzer—. ¡Usted ha dicho que tres rusos se apoderaron de…!

—Que no, que no, que no, tío. Charlie. De verdad: los rusos no han intervenido para nada. ¿Tres rusos? ¿De dónde ha sacado usted semejante información?

—Pe… pero… pero usted… usted ha dicho, en la Central, que tres rusos se apoderaron del documento, y que…

—¿Yo he dicho eso? —Abrió mucho Brigitte sus hermosísimos ojos.

—¡Desde luego que lo ha dicho!

—Y parece ser que ha mentido —susurró Cavanagh.

—Bueno… —sonrió Brigitte—. También aquellos muchachos me mintieron cuando aseguraron que aquella cinta grabada era parte de mi confesión. Santo cielo…, ¿quién tuvo la brillante idea de querer engañarme a mí con una grabación amañada?

—¿Se dio cuenta de que era un arreglo? —murmuró Pitzer.

—¡Tío Charlie! ¡Me está usted ofendiendo!

—Se dio cuenta —sonrió de pronto Cavanagh, a pesar de que estaba pálido por lo que iba comprendiendo—. ¿Quiere un buen consejo, Pitzer? Siéntese, vea, oiga y calle. Al menos, eso es lo que yo pienso hacer.

Cavanagh se sentó en un sillón, y Pitzer, tras vacilar, le imitó. Los dos se dedicaron a mirar en silencio a Brigitte y a Número Uno, que en aquel momento preguntaba a Brigitte:

—¿Has cenado?

—Hemos tomado los tres unos bocadillos durante el vuelo, porque teníamos prisa por llegar a recuperar esa carta… Supongo que la has vuelto a dejar en su sitio.

—Ya sabes que soy muy ordenado… Como tú. ¿Champaña?

—Oh, sí, mi amor. Gracias.

Número Uno fue hacia el bar, colocó en el mostrador una bandeja y sobre ésta cuatro copas, en cada una de las cuales puso una guinda que sacó de un tarro de bonito cristal tallado, que había estado en el frigorífico del bar. De ahí mismo sacó una botella de champaña «Perignon 55», la descorchó, y sirvió en las copas. Tomó dos de ellas, fue al sofá y se sentó. Brigitte se sentó en sus rodillas, y tomó una de las copas, que alzó.

—Amor —susurró.

—Amor —asintió él.

Bebieron un sorbito cada uno y luego Brigitte volvió a besar la dura, hermética boca del espía.

—Amor para siempre, mi amor…

—Tengo una buena noticia para ti —dijo él—: la mimosa que plantamos en el jardín sigue con vida. Eso significa que no habrá que cambiarla.

—Sí que es una buena noticia. ¿Cómo está Mamma María?

—Muy bien. Oh, que no se me olvide: hay un magnifico programa dentro de tres días en la Opera de París, así que adquirí dos localidades. ¿Te interesa?

—¡Claro que sí!

—Menos mal.

—¿Por qué dices eso?

—Porque no me habría gustado tener que invitar a otra mujer, para esa función.

—¡No me gusta esa clase de bromas, Uno!

—No es ninguna broma. Y a decir verdad, ya tenía preparada tu sustituta. Te aseguro que ella estaba loca por ir conmigo a la Opera de París, pobrecilla… En fin, otra vez será.

—Si tanto te disgusta defraudarla, puedes ir con ella.

—¿De veras? Pues… si no te importa… Nosotros podemos vernos en otra ocasión.

—Lo dudo —frunció el ceño Brigitte, cada vez más mosqueada ante el cariz que iba tomando la conversación—. Te amo hasta la muerte, mi amor, pero si tú prefieres llevar a otra mujer a la Opera de París…

—Vamos —un destello irónico pasó como un relámpago por los ojos de Número Uno—, se comprensiva, mi amor: la pobre Mamma María hace años que no asiste a una función, y nunca ha estado en la Opera de París Creo que bien se merece una invitación de esta clase.

—Pero… ¿se trata de Mamma María? —gritó Brigitte.

—Por supuesto —se sorprendió Uno—. Ya sabes que en mi vida sólo hay dos mujeres.

—No sé si me gusta mucho esa frase —frunció el ceño la divina espía; luego suspiró—. Pero creo que voy a perdonártela.

—Eres muy generosa. ¿Más champaña?

—Oh, no. Con una copa está bien —Brigitte miró, de pronto, a Pitzer y Cavanagh, que parecían petrificados—. ¿No van ustedes a beber su champaña, queridos? Me disgustarían que despreciasen la amabilidad que Uno ha tenido con ustedes al servirles dos copas.

Pitzer se levantó rápidamente; tomó las dos copas y regresó a su asiento, ofreciéndole una a Cavanagh, que sabía con toda seguridad que le esperaba una de ésas sorpresas que sólo podía proporcionarle la agente Baby. Sólo era cuestión de tener un poco más de paciencia.

—Entonces —preguntó Número Uno—, ¿qué ha pasado realmente con este asunto de la carta?

—Es una historia tan triste, mi amor —susurró Brigitte—. Tan triste, tan dolorosa… Verás, yo estaba en mi despacho, trabajando, cuando sonó el teléfono. Eran las cuatro. Quien me llamaba era Cecil Angevine, el subdirector de la CIA. Me pidió que fuese a las cinco a verlo, al De Luxe Hotel. Parecía nervioso y preocupado. Le dije que estaría, allí a las cinco…

Capítulo VI

—Las cinco en punto —sonrió, un tanto tenso, Cecil Angevine—. Puntualísima como siempre, señorita Montfort. Pase, se lo ruego.

—Gracias.

Angevine cerró la puerta de la *suite* y señaló hacia el saloncito. Cuando entraron allá, Brigitte alzó las cejas gratamente sorprendida al ver a la mujer sentada en uno de los sillones, que la miraba amablemente. Debía tener alrededor de cincuenta años, vestía con discreta elegancia y se podía decir que todavía resultaba atractiva.

—Ah, señora Angevine, qué sorpresa tan agradable…

—Buenas tardes, señorita Montfort —sonrió Susan Angevine—. ¿Cómo está? Hace tiempo que no nos veíamos.

—Sí… Desde aquella pequeña fiesta, en Washington —las dos mujeres tendieron su mano—. Fue usted muy amable conmigo en aquella ocasión, señora.

—Sólo hice que seguir la corriente. Allá, todo el mundo se afanaba en complacerla. Y debo admitir que con razón: usted tiene un encanto especial.

—Sigue usted siendo amable conmigo, señora Angevine —rió Brigitte—. ¿Cómo podría agradecérselo?

—Rescatando a mi hijo de Rusia.

La respuesta fue rápida, concreta, decidida. Brigitte parpadeó, y, por un instante, miró a Cecil Angevine, que estaba rígido.

—¿Rescatando a su hijo de Rusia? —musitó la espía.

—Sí. Ya sabe que hace algo más de un año que lo hicieron prisionero unos agentes secretos rusos, ¿no es así?

—Pues… Bueno, sí, algo de eso tengo entendido…

—Y yo tengo entendido que lo que no consiga usted no lo conseguiría nadie. ¿Verdad que, si se lo propusiera, podría rescatar a mi Michael de allá, señorita Montfort?

La señorita Montfort miró, desconcertada, a Cecil Angevine.

—¿Me ha llamado usted para encargarme… ese trabajo, señor? —murmuró.

—No —negó Angevine—. Se trata de otra cosa.

—Ah. Bueno, como la señora…

—Es lógico que. Susan piense siempre en nuestro hijo, señorita Montfort. Al parecer, no quiere comprender que siempre será menos arriesgado canjearlo que sacarlo de allí por la fuerza o por la astucia.

—Yo estoy convencida —dijo con voz aguda Susan Angevine— de que la señorita Montfort podría devolvernos a Michael. Sólo tendría que ir a Rusia por él.

—Bueno, señora Angevine —intentó sonreír Brigitte—, esa clase de cosas no son así de fáciles, francamente…

—Para usted, sí. Podría…

—Por favor, Susan —interrumpió su marido—, ya hemos hablado suficientemente de esto. Sólo tenemos que esperar un poco, tener paciencia unas semanas o unos meses más… Ahora, si no te importa, quisiera conversar con la señorita Montfort sobre lo que ha ocurrido en esta *suite*.

—¿Qué ha ocurrido? —se interesó Brigitte.

—Iré a terminar de arreglar mis cosas —se puso en pie la señora Angevine.

—Por favor, Susan —murmuró su marido—, nadie ha dicho que debes dejarnos a solas.

—Oh, ya lo sé, querido, pero de verdad: tengo que colocar todavía muchas cosas en el armario. Y de todos modos, ya sé lo que vais a hablar la señorita Montfort y tú. Hasta luego, señorita Montfort.

—Hasta luego, señora.

Susan abandonó el saloncito de la *suite*. Angevine señaló el sofá, y Brigitte se sentó. Él lo hizo a su lado, ofreciéndole un cigarrillo, que Brigitte rechazó, mirándolo fijamente.

—Por el amor de Dios, señor —dijo con voz baja y tensa—, ¿todavía no se lo ha dicho a su esposa?

—No.

—Pero… es absurdo. Absurdo y cruel. Tarde o temprano, ella sabrá que el hijo de ustedes no está prisionero de los rusos, sino que murió en aquella escaramuza de Amberes…

—Supongo que se enterará, pero cuanto más tarde, mejor.

—Me temo que no estoy de acuerdo con usted, señor. Está alimentando las esperanzas de una madre que…

—No olvide que Michael Angevine también era hijo mío —cortó con voz ronca Angevine.

—Por supuesto, señor. Pero… Mire, es que incluso usted se sentiría más aliviado si pudiese compartir el dolor de la pérdida de su hijo con su esposa. Creo…

—Señorita Montfort, no me considere brusco o grosero pero debo decirle que éste es asunto mío.

—Y de su esposa, señor, si me permite decirlo.

—Tiene razón… Y de mi esposa Pero yo decido por ella. No quiero decirle que mataron a su hijo en una asquerosa callejuela de Amberes, de un balazo, y que, cuando encontraron su cadáver, estaba corrompido y mordido por las ratas… No. Jamás le diré eso. Prefiero que siga creyendo que el muchacho está prisionero en Rusia, y que, más pronto o más tarde, será canjeado por algún agente soviético lo bastante importante, que nosotros capturemos.

—De acuerdo —suspiró Brigitte—. Es decir, no estoy de acuerdo con usted, pero admito su derecho a tomar decisiones familiares. ¿Para qué me ha llamado, señor?

Angevine se pasó una mano por la boca, nervioso.

—He sido enviado aquí expresamente por nuestro director. En apariencia, mi viaje es voluntario y con el único propósito de descansar unos días y distraer a Susan, visitando Nueva York. Pero en realidad, he venido a entregar un documento a un agente chino.

—¿De veras? —se sorprendió Brigitte—. ¿Qué clase de documento? Oh, perdón… Quizá es mejor que yo lo desconozca, señor.

—Sí —intentó sonreír Angevine—. Es mejor que usted lo ignore todo sobre ese documento. Pero hay algo que debe saber… De todos modos, yo debía llamarla a usted para que me asesorase y respaldase en la entrevista con el agente chino, pero ha ocurrido algo que me tiene asustado, francamente. Vea esto.

Sacó un pequeño objeto del bolsillo de la chaqueta, que tendió a Brigitte. Ésta lo tomó con dos deditos, mirándolo sin la menor extrañeza o sorpresa.

—Es un micrófono, electrónico —dijo—. De buena calidad,

desde luego. ¿Debo colocarlo en alguna parte?

—No. Lo he encontrado aquí, en esta *suite*. Concretamente en el dormitorio. Sí —dijo, al captar la expresión de alarma de Baby—, yo también me he asustado. Y no sé qué pensar.

—No creo que haya mucho que pensar, señor. Alguna persona de las que sabían que usted iba a venir a Nueva York…

—Solamente lo sabíamos mi esposa y yo, naturalmente nuestro director, y, respecto a esta *suite*, sólo el director del hotel, con el cual hice personalmente la reserva, por teléfono.

—Bien… Quizá el director del hotel…

—Quizá. Pero me sorprendería.

—¿Por qué?

Cecil Angevine la miraba fijamente. Con una fijeza extraña, que estaba incluso inquietando a la espía más peligrosa del mundo.

—Señorita Montfort… Perdón. Creo que será mejor que en esta ocasión la llame Baby. ¿Le importa?

—Me encanta, señor.

—Bien. Mire, yo dudo mucho que la colocación de este micrófono en la *suite* tenga algo que ver con el director de este hotel. Tengo la deprimente impresión de que lo que ocurre es mucho peor… Muchísimo peor. Por favor, lo que ahora le diga va a quedar exclusivamente entre usted y yo. ¿Cuento con ello?

—Sí.

—Gracias. La verdad es que voy a pedirle un favor casi personal, pese a saber que a usted nunca le han gustado los traidores, ni los agentes dobles, esa clase de personas que hacen doble juego… Por Dios, esto me resulta muy difícil de decir, pero… tengo el convencimiento de que tenemos un traidor en la directiva de la CIA.

—¡Señor Angevine…! —Palideció Brigitte.

—Ya sé, ya sé… Parece una barbaridad, ¿no es cierto? Pero, mire, desde hace unos meses, estamos perdiendo agentes muy importantes, sobre cuyo paradero y misión solamente estamos informados los directivos…

—¿Quiere decir que hace unos meses están… matando a algunos… Simones?

—Algunos han muerto. Hemos encontrado sus cadáveres. Otros han desaparecido, y jamás se ha vuelto a saber de ellos. Quiero que se entere usted perfectamente de que no eran agentes… digamos

corrientes, sino muy importantes. Agentes especiales, ¿comprende? Y por lo tanto, también sus misiones eran siempre muy especiales. Y sólo los altos jefes de la CIA estábamos al corriente de sus misiones y personalidad. ¿Qué piensa de esto?

—No lo sé, señor.

—¿No lo sabe? ¿Tampoco sabe qué pensar respecto a este micrófono? Si no hubiesen ocurrido cosas extrañas anteriormente, no me preocuparía demasiado. Pensaría que, en efecto, el director de este hotel puede estar trabajando para cualquier servicio de espionaje extranjero, y listo el asunto. Pero tengo la certidumbre de que no es así. Tiene que haber algo mucho más… podrido. Yo descarto al director de este hotel definitivamente. Por supuesto, yo no me he colocado un micrófono. ¿Quién queda?

—Pues… su esposa y el director de la CIA, ¿no?

—Eso es: el director.

Baby volvió a palidecer.

—Señor Angevine —casi tartamudeó—, ¿se da usted cuenta de lo que está sugiriendo?

—Escuche… Hace muchos años que conozco a nuestro director… Muchos. Somos amigos de verdad, nos visitamos, jugamos juntos al golf, hemos navegado algunos fines de semana en su yate… Somos amigos. AMIGOS, ¿comprende? Así que lo que estoy diciendo me está causando mucho más dolor del que usted pueda imaginarse. Pero ¿qué otra cosa puedo pensar? Solamente lo sabíamos él y yo, lo de mi viaje y mi objetivo… Y me pregunto: ¿voy a… desaparecer, como otros agentes especiales? ¿Quién me vigila con este micrófono?

—Lo que usted piensa es… una barbaridad, señor.

—¡Ya lo sé, pero no puedo pensar otra cosa! ¿O sí?

Brigitte movió la cabeza con gesto de duda, y quedó pensativa unos segundos, antes de preguntar:

—¿A quién concierne el contenido de ese documento que debe usted entregar al agente chino?

—A nosotros y a los chinos. Y de rechazo, a los rusos. Van a salir muy perjudicados, si los chinos aceptan las proposiciones de nuestro director.

—Es decir, que el contenido de ese documento proviene directamente, expresamente, personalmente, de nuestro director.

—Sí, claro.

—Respecto a esas informaciones, referentes a agentes especiales que fueron muertos o que desaparecieron…, ¿quiénes estaban al corriente?

—El director, yo…, y sólo en algunas ocasiones, miembros importantes de la junta directiva. Muy pocos. El campo a investigar es muy reducido.

—Y esta vez parece que más reducido que las otras veces, ya que solamente usted, su esposa, y nuestro director saben que ha venido a Nueva York, con una misión especial y muy importante…

—Exacto. Por eso pienso…

—Espere. ¿Dónde tiene usted ese documento? ¿En lugar positivamente seguro?

—Desde luego.

—¿Completamente seguro? ¿Tan seguro que ni siquiera su esposa sabe dónde lo tiene escondido?

—Ni siquiera mi esposa.

—Pero ella debe tener alguna pequeña información sobre el documento, ¿no?

—No. Bueno, sabe que estoy aquí para cumplir una entrega muy importante, pero nada más.

—¿Ella no ha visto el documento?

—Me he cuidado muy bien de que así sea, naturalmente.

—¿Pero sabe que existe ese documento, y que usted lo ha traído consigo?

—Sí, sí, claro, pero… Un momento: ¿está usted… sospechando de mi esposa?

—Por favor, señor Angevine…: Yo supongo que algunas veces conversa usted con su esposa sobre cuestiones de la CIA y hasta es posible que algunas veces ella haya visto algunos de los documentos que usted debe llevarse a casa, pero… Vamos, vamos, no he dicho semejante cosa. ¿Qué me dice de los criados que tiene usted en su casa, señor? Cualquiera de ellos podría escuchar conversaciones telefónicas, ser capaz de abrir su caja fuerte… y enterarse así de muchísimas cosas, ¿no le parece?

Cecil Angevine parpadeó.

—Podría ser… pero lo dudo.

—¿Por qué? En esta vida todo es posible… y no hay nada peor

que tener al enemigo en casa… creyendo que es amigo. ¿Alguna vez ha mirado usted si tiene micrófonos en su propia casa?

—Desde luego. Nunca hemos encontrado ni uno solo.

—Bien… No sé. Quizá convendría que, por el momento, nos ciñésemos al asunto de la entrega del documento que usted ha traído desde la Central. Más adelante, nos ocuparemos de lo demás, si le parece bien.

—De acuerdo.

—¿A qué hora debe usted entregar el documento?

—A las siete. Pero antes, a las siete menos cuarto, debo llamar a cierto número de teléfono, para ratificar la cita. Espero que usted me asesore en este cometido, al que no estoy acostumbrado.

—No habrá problemas —sonrió Baby—. Y si los hay, los resolveremos. Ah, una última pregunta: ¿sabe su esposa que usted ha encontrado un micrófono aquí?

—Sí… Me sorprendí tanto, que no pude callarlo. Bueno, lancé una exclamación y ella la oyó y se interesó…

—Comprendo. De todos modos, creo que debemos hacer lo posible por tranquilizarla. Por cierto: ¿conoce ella las sospechas de usted sobre esa… traición en las altas esferas de la CIA?

—¡Desde luego que no! —Respingó Angevine.

—Mejor. Bien… Creo que sólo nos queda esperar a las siete menos cuarto, para que usted llame a ese número de teléfono. ¿Está armado?

—¿Yo? Bueno, pues… Bien, es que…

—En realidad —sonrió amablemente Brigitte—, he hecho esta pregunta por pura cortesía, señor, ya que mi… experiencia visual me está revelando hace rato que usted lleva una pistola… ¿Le parece apropiado en el subdirector de la CIA? No es usted un agente de capa y espada, me parece.

—No —murmuró Angevine—. No lo soy, pero…

—Pero no quiere correr la misma suerte que ellos, ¿no es así? De modo que ha preferido estar prevenido, por si… se presenta algún contratiempo.

—Sí —enrojeció un poco Angevine—. Francamente, sí, Baby. ¿Le parece que hago mal, que debo dejar la pistola en…?

—¿Por qué? Mejor que la lleve encima, señor —Brigitte sonrió de aquel modo encantador, único—. Yo misma, por ejemplo, pese a

saber que venía a verle a usted, he venido armada. Nunca se sabe lo que puede ocurrir en nuestra… interesante profesión.

—Me alegra que lo comprenda. No es que esté asustado, pero… Bien, la prudencia nunca ha matado a nadie.

—Sobre eso —rió la divina— tendríamos mucho que hablar, sin embargo, lo dejaremos para otra ocasión. ¿Tiene algo más que decirme, señor?

—No. No, no… ¿Por qué?

—Su esposa es muy elegante, así que estoy teniendo una idea digna de una espía: voy a entrar en el dormitorio para ofrecerme a ayudarla, y de paso, espiaré sus modelitos.

—Demonios —sonrió Angevine—. ¡Es usted terrible!

—Sólo astuta… como una mujer. ¿Con su permiso?

—Sí, sí, vaya con Susan…

—Pero no se le ocurra a usted entrar en el dormitorio, señor; no quisiera que me sorprendiese en el momento en que me desvisto para probar los vestidos de su esposa.

—Prometido —rió Angevine—. Resistiré la tentación.

Brigitte sonrió, se puso en pie y fue al dormitorio. Allá, la señora Angevine estaba entre el armario y la cama, sobre la cual había dos maletas abiertas, todavía con bastante ropa.

—¿Puedo ayudarla, señora Angevine?

—Ah… ¿Ya ha terminado la conferencia?

—Sí.

—No ha debido ser muy importante el asunto.

—Por el contrario —dijo Brigitte, tras cerrar la puerta del dormitorio—, es muy importante, se lo aseguro. En cierto modo, la admiro a usted, por el valor que demuestra al viajar con un documento de la importancia del que transporta su marido… Según entiendo, cualquier servicio de espionaje daría por él…, ¡qué sé yo! ¡Lo que se le pidiese! Menos mal que a las siete lo vamos a entregar, y nos veremos libres de una grandísima preocupación. ¡Oh, santo cielo, qué abriguito tan precioso, señora Angevine! ¿Lo adquirió en Washington?

—Sí… Sí, en Washington.

—Es encantador. Algunas veces he pensado en ir a Washington para renovar mi vestuario, pero, claro, teniendo la Quinta Avenida de Nueva York a mi disposición… Parece de mi talla.

—Sí… Usted es un poco más alta que yo, pero —la señora Angevine consiguió sonreír— con eso sólo ocurrirá que enseñará las rodillas, lujo que yo no puedo ya permitirme.

—Estoy segura de que tiene usted unas rodillas preciosas —rió Brigitte.

—Es usted muy amable y simpática… ¿Quiere probárselo?

—Pues… me gustaría. Hasta las siete menos cuarto no tengo nada que hacer y, francamente, prefiero estar con usted ayudándola y probándome vestidos, que escuchando cosas sobre la CIA. ¡Pero no le diga a su marido que yo he dicho esto, por favor!

—Será un secreto —rió, por fin, Susan Angevine—. Venga, pruébeselo delante del espejo… ¿Qué pasará a las siete menos cuarto?

—Que su marido y yo tendremos que ir a entregar ese importantísimo documento. Dios bendito —se estremeció la espía —, ¡si otros espías supiesen lo que tenemos, serian capaces de cualquier cosa para quitárnoslo! Veamos el abriguito… Yo diría que me sienta bastante bien, ¿verdad? Me parece, señora Angevine, que vamos a pasarlo estupendamente usted y yo hasta las siete menos cuarto…

Capítulo VII

Cecil Angevine miró su reloj y se puso en pie.

—Las siete menos cuarto —susurró—. Voy a llamar.

—Muy bien —asintió Brigitte; pero, de pronto, pareció un poco preocupada—. ¿No sería mejor que antes se asegurase de que tiene usted el documento, señor?

—Sé que lo tengo, y en lugar bien seguro. Pero, de todos modos, tendré que cogerlo antes de salir… Voy por él.

Se dirigió hacia el dormitorio y Brigitte se lo imaginó sin el menor esfuerzo: abriría una maleta, separaría el doble fondo, magníficamente disimulado… Miró a la señora Angevine, y sonrió.

—No debe usted preocuparse, Susan; ya verá como estaremos de vuelta muy pronto. En contactos como éste nunca ocurre nada.

—Sí… Así lo espero.

—Pues tranquilícese, querida. La noto… muy nerviosa. Quizá le sentaría bien otro *whisky*.

—No… No, gracias.

—¿Un cigarrillo?

—No… No…

Brigitte Montfort sonrió y, como consecuencia, sus párpados se estiraron, se estrecharon, casi ocultando sus radiantes pupilas azules, fijas en Susan Angevine. Tan fijamente como podría mirar una perversa gatita a un desprevenido pajarillo…

Cecil Angevine reapareció en el saloncito, llevando en las manos un sobre, con expresión tensa. Brigitte apenas le dirigió una mirada: toda su atención estaba fija en la señora Angevine, que había palidecido intensamente, contemplando el sobre.

—Aquí está —dijo Angevine, dejándolo sobre la mesita, junto al teléfono; volvió a mirar su reloj—. Voy a llamar inmediatamente, y espero… Deja eso, querida. No son cosas que tú… ¡Susan!

Susan Angevine, que había tomado el sobre con mano

temblorosa, ni siquiera había escuchado a su marido. Simplemente, parecía vacilar… Pero de pronto, se puso en pie, y echó a correr hacia la puerta, ante la atónita mirada de Angevine, que sólo supo gritar su nombre… Y posiblemente, Susan habría llegado a la puerta si Brigitte Montfort, sentada en otro sillón, no hubiese extendido una pierna, en la cual tropezó la mujer, cayendo de bruces, pero sin soltar el sobre… Brigitte saltó hacia ella, y le arrebató el sobre con un gesto rapidísimo.

Susan Angevine se puso en pie, y lanzó un manotazo hacia el sobre, pero ya Baby lo estaba apartando previsoramente de su alcance, con gesto tranquilo y amable. Cecil Angevine contemplaba a su mujer con ojos desorbitados, mudo de asombro y de espanto.

—¡Démelo! —chilló Susan—. ¡Por Dios, démelo, démelo…! ¡Lo necesito, tengo que entregarlo, tengo que…! ¡DÉMELO…!

Se abalanzó sobre Baby, que esquivó la acometida con un elegantísimo y suavísimo *taisabaki*, apartándose como si fuese una puerta que se abriese. Susan Angevine fue a caer de bruces sobre el sillón, pero se revolvió como una fiera, y volvió al ataque, tendiendo las manos, como garras temblorosas, balbuceando la petición del sobre, desencajado el rostro, desorbitados los ojos… Pero posiblemente no tan desorbitados como los de su marido, que parecía incapaz de la menor reacción, o de comprender lo que estaba sucediendo. Esta vez, Brigitte no se movió, y Susan rebotó contra ella como si hubiera chocado contra un muro, cayendo sentada al suelo. Pero de nuevo se puso en pie y volvió a la carga, gimiendo, aullando, pidiendo sin cesar aquel sobre…

Cecil Angevine consiguió reaccionar por fin, cuando su esposa estaba golpeando con sus frágiles manos el rostro, los hombros y el pecho de la espía, que estaba lívida, inmóvil… El subdirector de la CIA saltó hacia su esposa, la apartó de Brigitte y, comprendiendo que Susan estaba al borde de la histeria, la sentó de un violento bofetón.

—Pero ¿qué te pasa? —gritó—. ¿QUÉ TE PASA?

Susan había quedado como paralizada, mirándolo con expresión enloquecida. De pronto, se inclinó hacia adelante, ocultando el rostro entre las manos, y rompiendo a llorar como una niña.

—Quiero el sobre… —sollozó—. Quiero el sobre, quiero el sobre, quiero el sobre…

Brigitte lo dejó sobre la mesita, vertió *whisky* en un vaso y se inclinó sobre la desconsolada mujer.

—Señora Angevine —susurró—, beba esto. Creo que sí necesita otro *whisky*… Por favor, beba un poco… Cálmese…

—El sobre… —gimió ella—. ¡El sobre, por favor, por favor, por favor…!

—Hablaremos sobre eso. Beba: le sentará bien.

La ayudó a sostener el vaso. Cecil Angevine se dejó caer en el sofá, como desarticulada, rayando en lo estúpido su expresión. No entendía nada de nada. Miraba el sobre, luego a su esposa, de nuevo el sobre…

—Eso es —oyó la voz de Baby—. Tranquilícese. Vamos a hablar ahora, Susan. ¿Sí? Soy su amiga, se lo aseguro. Y la comprendo muy bien, porque, también soy mujer. La voy a ayudar, lo vamos a arreglar todo… Todo. ¿Confía en mí? Susan: ¿confía en mí?

—Sí —gimió Susan Angevine—. Sí, sí, Brigitte, sí…

—Estupendo. Serénese, hablaremos y le prometo que voy a ofrecerle una solución… ¿Quiere saber una cosa, Susan? La agente Baby siempre cumple lo que promete. ¿Me cree?

—Sí… Sí. El sobre…

—Espere. Si cuando yo termine de hablar, usted sigue queriendo el sobre, lo tendrá. Prometido. Ahora, vamos a hablar… ¿Está más tranquila?

—Sí, sí, sí… ¡Pero usted me ha prometido…!

—Nunca olvido mis promesas. Veamos, Susan: ¿para qué quiere usted el sobre? ¿Para entregarlo a alguien?

—Si… ¡Sí!

Cecil Angevine, que ya estaba pálido, respingó, y quedó tan lívido como un muerto…, y al parecer, tan incapaz de reaccionar como un auténtico cadáver.

—¿A quién Susan?

—A ellos… A ellos, a los rusos…

—Dios mío… —gimió roncamente su marido.

—A los rusos —aceptó Brigitte—. Bueno, los rusos son buenos muchachos, así que no dudo que lleguemos a un acuerdo con ellos, ya verá. Tengo buenos amigos que son rusos. Nos ayudarán.

—Sí… Sí, sí, Brigitte, sí…

—Pero comprenda, este documento es muy importante y, según

las conveniencias de la CIA, no debería llegar jamás a manos distintas a las convenidas, esto es a los chinos. Sin embargo siempre se puede hacer algún arreglo. Primero sepamos a cambio de qué iba a entregar usted este documento a los rusos. ¿A cambio de qué?

—A cambio de él…, de él, de mi hijo…

Cecil Angevine emitió un sollozo y quedó como auténticamente muerto en el sofá, pero Brigitte ni siquiera le dirigió una mirada.

—Ah… A cambio de su hijo Michael, ¿verdad? Sí, claro, porque usted no tiene más hijos, sólo Michael. Y los rusos lo tienen prisionero… Es una buena idea, Susan. Pero vamos a ver: ¿cómo empezó esto? ¿Los rusos la buscaron a usted?

—Sí… Sí…

—Claro. Después que capturaron a su hijo, un día se presentó un ruso en su casa y le dijo que tenían a su hijo… ¿Cuánto hace de esto, Susan?

—No sé… Unos meses… Siete u ocho…

—Siete u ocho meses. Bien. La visitó un ruso, y le dijo que tenían a su hijo. Luego le propuso entregárselo, si usted hacía determinadas cosas, ¿no es así?

—Sí… ¡Sí…!

—¿Qué cosas?

—Me dieron un encendedor que tenía una cámara fotográfica, y me dijeron que cada vez que Cecil llevase documentos a casa, yo debía fotografiarlos y entregarles la película… Me dijeron que si…, que si hacía eso durante un tiempo, ellos conseguirían que…, que en Moscú aceptasen cambiar a mi hijo por cualquier agente ruso, aunque no fuese muy importante…

—Y usted aceptó.

—Al principio, no, pero…, pasaba el tiempo y la… la CIA no conseguía devolver a mi Michael, así que… un día, yo… yo acepté… Me llamaban cada tres o cuatro días por teléfono… Por fin acepté… ¡Quería que mi hijo volviese a casa!

También Brigitte estaba ahora lívida.

—Lo comprendo perfectamente, Susan. La CIA no hacía nada, o al menos parecía que no podía conseguir nada. Entonces, usted decidió hacer lo que fuese para que su hijo volviese. Fotografió documentos y, además, informó verbalmente de todo lo que su marido decía en casa sobre la CIA. ¿Es así, Susan?

—Sí, sí. Bueno, él no acostumbraba a decir casi nada en casa, pero sí traía documentos importantes…

—Ya Bueno, esta vez también quiso usted fotografiar el documento que han traído a Nueva York, pero no le fue posible, así que informó a sus contactos rusos: no podía servirles en esta ocasión, porque Cecil cuidaba este documento de modo muy especial. Pero les dijo que venían a este hotel y a esta *suite*, que habían reservado. Entonces, ellos colocaron un micrófono, para ver si podían enterarse de algo, en el supuesto de que la cita que su marido tenía en Nueva York se celebrase aquí, en esta *suite*. ¿No es así?

—Sí, es verdad, sí.

—¿Y qué más? ¿Qué más, Susan?

—También me dijeron que si conseguía fotografiar el documento, se lo llevase. Pero no pude hacerlo…, y como usted dijo antes que… que cualquier servicio secreto pagaría lo que fuese por él, yo… yo quise apoderarme de él, como fuese, y llevárselo a los rusos…

—Estás loca —jadeó Angevine—. ¡Dios mío, estás loca, Susan…!

—¡No estoy loca! —gritó ella—. ¡Estoy harta de la CIA y de todos vosotros, pero no estoy loca! ¡Quiero que me devuelvan a mi hijo, y nunca más trabajará para la CIA, ni te escuchará a ti, ni…!

—Cálmese, por favor —pidió Brigitte—. Y escúcheme atentamente: ¿no se le ocurrió pensar que los rusos la estaban engañando? Podían decirle que tenían a su hijo, y ser mentira. Podía ser que el muchacho hubiese muerto, por ejemplo, y ellos decirle que lo tenían sólo para conseguir…

—¡Michael está vivo! ¡Sé que está vivo!

—¿Cómo lo sabe?

—Me… me han traído algunas cartas de él y algunas fotografías… Me escribe a menudo y me ha enviado fotografías. Está en un campo, cerca de Siberia, pero dice…, dice que lo tratan bien, y que está con dos americanos más…

—¿Su hijo le ha escrito y enviado fotografías? ¿Tiene aquí alguna carta o alguna fotografía, Susan?

—¡Sí! ¡Siempre llevo encima su última carta y la última fotografía…! ¡Siempre!

—¿Me permitirá verlas? Vamos a buscarlas, Susan… Me gustaría

ver a Michael. ¿Sabe usted que lo conocí, precisamente, el día en que fue admitido en la CIA? Casualmente, yo estaba aquel día en la Central… Es un muchacho alto, muy hermoso…

—Sí —sonrió Susan Angevine—. Sí lo es. ¡Le voy a enseñar su última carta y la fotografía!

Echó a correr hacia el dormitorio y Brigitte quedó inmóvil, esperando. Al parecer, los dos esposos Angevine viajaban ocultando «documentos» al otro… Susan regresó a los pocos segundos, y mostró la carta y la fotografía. La fotografía mostraba al muchacho en el patio de lo que parecía un cuartel, ataviado con un «mono» que le venía muy grande; Michael Angevine, sonriente, se apoyaba en el mango de un pico, apoyado en el suelo. La carta decía así:

> *«Querida madre:*
>
> *»Hay aquí un amigo ruso que me asegura que puede hacerte llegar mis cartas, y espero que sea así, para que sepas que estoy bien, y que os recuerdo constantemente. Me tratan bien, pero no es lo mismo que estar en casa, y siempre estoy soñando con ese momento en que volveré a abrazaros, porque tengo entendido que, no sé por qué motivos, van a liberarme muy pronto. Ojalá sea así, porque la nostalgia y la tristeza que…».*

Brigitte Montfort dejó de leer. Se encontraba mal. Se sentía muy, muy mal. Notaba angustia y escozor de lágrimas en los ojos. Se sentía francamente mal. Miró a Angevine y le tendió la carta y la fotografía. A Cecil Angevine le bastó, como a ella, un simple vistazo para saber la verdad: tanto la carta como la fotografía eran falsas. Alguien había conseguido una fotografía de Michael Angevine y muestras de su letra. El resto no podía ser más fácil. Los expertos falsificadores de la MVD, o quienes fuesen, habían arreglado la fotografía y, con la misma facilidad, habían falsificado la letra del muchacho. Una falsificación cuya calidad dejaba bastante que desear, pero suficiente para engañar a una madre que se pasaba la vida esperando el regreso de su hijo.

—Dios mío… ¡La han estado engañando, la han convertido en una traidora, he tenido en mi propia casa…! Esos muchachos que han muerto o desaparecido… ¡Dios bendito, los vendió esta traidora que…!

—Cállese… —atajó Brigitte—. ¡CÁLLESE! ¿De quién es la culpa, sino de usted, por no decirle la verdad a su esposa?

—Lo… lo hice por ella, por no… por no…

—¿Qué verdad? —Alzó las cejas Susan.

—Luego hablaremos sobre eso, querida. Dígame, ¿está en contacto con los rusos también aquí, en Nueva York?

—Oh, sí… Les dije que veníamos aquí y ellos me dijeron que me llamarían, por si yo conseguía fotografiar el documento, entregarles la película…

—¿La llamarán? ¿Cuándo, a qué hora…?

—No sé. Dijeron que me llamarían y que, si había conseguido las fotografías, ya me indicarían cómo entregárselas.

—Entiendo. Pero usted iba a salir corriendo de aquí con el sobre, Susan. ¿Adónde iba? ¿Acaso sabe dónde están los rusos?

—No… No…

—Sí lo sabe. Y corría para ir a entregarles el sobre, ¿no es así? Vamos, vamos, hemos convenido que confiaba en mí… ¿Sabe dónde están los rusos?

—Sí… —vaciló Susan—. Sí lo sé…

—¿Dónde? Por favor, no me mienta… ¿Dónde? ¿En este mismo hotel?

—¡No, no!

—¿Dónde?

—Los voy a hacer pedazos —jadeó Angevine—. ¡Los voy a hacer pedazos, por cerdos y cobardes! ¡Aunque me cueste la vida, los voy a matar, personalmente, los destrozaré, los…!

—¡Si haces eso, los otros matarán a Michael! —gritó Susan.

—¡Ya lo han matado! —aulló Angevine—. ¿Te enteras de una vez? ¡Ya mataron a tu hijo, hace más de un año, así que todo esto de las cartas y las fotografías es falso, sólo te han estado engañando, burlándose de ti, convirtiéndote en una traidora, en la asesina de otros muchachos que valían tanto o más que Michael…! Él está muerto, ¿te enteras? ¡Está muerto hace un año!

—No… ¡No, NO, NO…! ¡Está vivo!

—¡Está MUERTO…!

Susan Angevine lanzó un chillido, saltó hacia el sobre, que volvía a estar sobre la mesita, lo cogió y se dispuso a correr hacia la puerta… La reacción de Cecil Angevine fue imprevisible; incluso

para Baby: crispado el rostro por la amargura y la ira, sacó su pistola y disparó contra su esposa, viendo en ella, sin duda alguna, tan sólo a la mujer que, con sus informes, había «matado» a varios agentes especiales de la CIA y había estado traicionando a ésta durante meses…

La bala acertó a Susan en un costado, la crispó hacia atrás y la mujer cayó de espaldas, golpeándose contra el borde de la mesita de grueso cristal, con la parte posterior de la cabeza. Y al mismo tiempo que ella caía y que Cecil Angevine orientaba la pistola hacia la nueva posición de su esposa, Brigitte Montfort sacaba su pistolita, y disparaba contra el hombro derecho de Cecil Angevine, aterrada, dispuesta a impedir que aquel hombre asesinase a su propia esposa, bajo un acceso de locura…

Y, también al mismo tiempo que Brigitte apretaba el gatillo de su silenciosa pistolita, Angevine se movía un poco hacia la derecha, para ver mejor a su mujer caída en el suelo… Brigitte supo que ese movimiento iba a dar lugar a que su disparo fallase y quedó paralizada cuando comprendió dónde había hecho impacto la bala.

Cecil Angevine quedó de pie, con la pistola en la mano, vueltos los ojos, desmesuradamente abiertos, atónitos, hacia la espía internacional, que a su vez le contemplaba paralizada de horror ante las consecuencias de su disparo.

Aquel instante en que Cecil Angevine estuvo de pie, mirándola, pareció una eternidad. Pero, ciertamente, fue sólo un instante, y Cecil Angevine se desplomó, con una bala en el corazón.

Durante unos segundos Baby permaneció inmóvil, con el brazo todavía extendido, la pistolita en la mano. De pronto, escapó de sus dedos, y ella se inclinó sobre Susan Angevine… Vio la herida, pero sabía que no tenía importancia. Puso una mano en la nuca de Susan, pasó la otra bajo sus piernas, para alzarla y colocarla en el sofá… Ni siquiera llegó a levantarla, cuando vio de qué modo colgaba la cabeza de la mujer.

—Santo Dios… —gimió.

La dejó en el suelo y ella se dejó caer sobre un sillón. Durante unos minutos se sintió incapaz de reaccionar, mirando de uno a otro cadáver. ¿Y el documento? Angevine debía entregarlo a las siete, pero no sabía a qué número debía haber llamado ya… Imposible comunicarse con el agente chino.

Tomó el sobre, lo abrió y sacó las páginas mecanografiadas que contenía. A medida que iba avanzando en la lectura, su rostro iba palideciendo más y más, hasta lo imposible, lo increíble Luego, durante unos minutos más, quedó como extenuada en el sillón. Estaban locos… ¡Estaban locos todos!

Durante casi hora y media, inmóvil, la espía más astuta del mundo permaneció en el sillón, pensando. Luego, puso manos a la obra. Lo primero que hizo fue extraer la bala de la herida de Susan Angevine, y guardarse la pistola del marido. De ninguna manera permitiría que nadie supiese que él había disparado contra ella. Luego fue al dormitorio y se vistió con ropas de Susan Angevine, escogiendo unas prendas que pudiesen adaptarse a su superior estatura y corpulencia. El abrigo que escogió era de cuello muy ancho, de modo que podría subirlo un poco, ocultando parte de su rostro. La cabeza quedaría bien cubierta con el gran sombrero… Los zapatos le venían un poco grandes… Finalmente, hizo un paquete con sus ropas y fue a dejarlas en el saloncito.

Eran cerca de las nueve cuando descolgó el auricular de teléfono de la *suite*.

—Soy la señora Angevine —murmuró—. Estoy esperando una llamada personal, pero mi marido está muy fatigado, y ha quedado dormido; por favor, que nadie le moleste…

—Gracias. Si alguien llama preguntando por él, ya sabe que no se le puede molestar bajo ningún pretexto. Pero si me llaman a mí, diga al caballero en cuestión que le espero a las diez y media en la entrada de Central Park, frente a la Avenida de las Américas. No mencione que mi esposo está dormido, ¿comprende? Y si llamasen más tarde de las diez y media, diga que la cita será entonces a las once y media, Y si es más tarde de esa hora, a las doce y media, etcétera… ¿Ha comprendido, señorita?

—Gracias.

Colgó el auricular, recogió el sobre y el paquete con sus ropas, la pistola de Cecil Angevine, y abandonó la *suite*.

Capítulo VIII

A las diez y media, un coche se detuvo cerca de la entrada a Central Park por Avenida de las Américas, y un hombre se apeó y se dirigió hacia la dama que esperaba de pie, inmóvil, con el cuello del abrigo subido y grotescamente tocada con sombrero, a aquellas horas de la noche.

—¿Señora Angevine? La llamé y me han dado su…

—No soy la señora Angevine —dijo la dama, mostrando entonces su rostro—. Y tengo una pistola en el bolsillo, que está apuntando a su vientre.

El hombre había respingado y, por un momento, pareció que fuese a echar a correr, pero la existencia de aquella pistola le hizo comprender que sólo conseguiría recibir el balazo en la espalda.

—¿Quién es usted? —murmuró.

—Camine hacia el coche, póngase de nuevo al volante, y alejémonos de aquí.

—Está bien.

El coche partía segundos después y la falsa señora Angevine detrás del hombre, dijo:

—Usted no es ruso.

—Sí, sí soy…

—No es ruso. Es americano… Norteamericano. ¿Cuántos más intervienen en este asunto?

—No entiendo nada. ¿De qué está usted hablando?

—¿No entiende? Pues se lo voy a explicar: le voy a golpear en la cabeza, tomaré yo los mandos e iremos a un discreto escondrijo que tengo en Nueva York. Cuando usted recobre el sentido, se va a encontrar atado como un cerdo para el sacrificio, y, a menos que conteste a mis preguntas, con precisión y rapidez, lo haré pedazos… Y no es, un modo de hablar. Primero, le cortaré los nervios de las manos y los pies, luego las, orejas, le abriré el vientre y se lo llenaré

de *whisky*… pero teniendo mucho cuidado de no matarlo. Luego, si todavía sigue negándose a contestar a mis preguntas, le sacaré los ojos y lo dejaré colgado de unos ganchos de hierro, por los músculos pectorales… ¿Quiere que le diga otra cosa? Estoy hablando completamente en serio, y no es la primera vez que recurro a estos procedimientos. ¿Entiende ahora?

La voz de aquella mujer que llevaba como pasajera era como un chorro de viento helado, pese a lo cual, unas gotas de sudor habían aparecido en la frente del hombre.

—¿Qué quiere saber? —Brotó, ronca su voz.

—¿Cuántos más forman éste grupo que ha estado engañando a Susan Angevine?

—Dos… Dos más. Somos tres.

—¿Quiénes son ustedes, a qué se dedican, cómo han podido organizar todo esto?

—Estamos… estamos trabajando hace tiempo como… como espías.

—¿Para nadie en particular?

—Exacto. Conseguimos algunas informaciones y las… vendemos a quien mejor las pague…

—Entonces, cuando supieron que la señora Angevine creía que su hijo estaba vivo todavía, decidieron utilizarla para conseguir alta información de la CIA, ¿no es así?

—Sí… Sí…

—¿A quién la han estado vendiendo?

—A los rusos, franceses, chinos, ingleses. A quien la comprase.

—¿No les ha importado lo que estaban haciendo con esa pobre mujer?

—El espionaje no es la profesión más adecuada para andarse con contemplaciones.

—Tiene usted razón. Bien: ¿dónde están los otros dos?

—En un yate anclado junto al muelle nueve.

—Entonces, vamos para allá.

—Muy bien. Si le parece, podemos ir ahora directamente a Roosevelt Drive, y en quince minutos estaremos allá, en el yate.

La mujer que tenía detrás tardó un segundo de más en responder:

—De acuerdo. Cuándo lleguemos, me señala el yate, sin

acercarse demasiado.

—Bien.

* * *

—Ahí lo tiene —señaló el hombre, tras detener el coche.

—De acuerdo. Le diré lo que voy a hacer ahora: voy a golpearlo en la cabeza, para dejarlo sin sentido. Tómeselo con calma, y el perjuicio será el mínimo.

—¿Piensa usted ir sola al yate?

—¿Cree que soy una estúpida? Usted va a «dormir» por lo menos quince o veinte minutos. En ese tiempo; encontraré un teléfono y haré una llamada que me proporcionará ayuda; Unos encantadores muchachos se encargarán de usted, y luego, los demás tomarán el yate por las buenas… o por las malas.

—Es usted muy…

¡Cloc!, sonó la cabeza del hombre al recibir el fuerte golpe con la pistola. Emitió un gemido, cayó de lado, y eso fue todo. Inmediatamente, la pasajera salió del coche y se alejó, tras quitarle la pistola al desvanecido personaje… y dirigir una despectiva mirada a la pequeña radio de bolsillo, abierta, colocada en el departamento para cigarrillos del tablero.

Y apenas se había perdido de vista, dos hombres subieron a la cubierta del yate señalado y corrieron hacia el coche. Uno de ellos pasó al asiento de atrás, y el otro al volante.

—¡De prisa! —dijo el de atrás—. ¡Tenemos que zarpar inmediatamente!

—No puedo dar la vuelta aquí… Tengo que dejar Roosevelt Drive, tomar por…

—Haz lo que tengas que hacer, pero pronto… ¡Vamos!

Casi ocho minutos más tarde; con los nervios de punta, debido al tiempo que habían tenido que invertir en llegar al otro dado de la avenida, los dos hombres alcanzaban el muelle nueve. El coche se detuvo lo más cerca posible del yate, y ambos se apearon rápidamente.

—Vamos a llevarlo como si estuviese borracho… Puede que llamemos la atención, pero al demonio con todos… ¡Tendríamos que estar ya lejos de aquí! ¡Maldito tráfico y calles de dirección

prohibida, y maldito todo! ¿Qué habrá pasado?

—Si te parece esperamos a los de la CIA para preguntárselo ¡Vamos ya!

Su todavía desvanecido compañero fue sacado del coche y cada uno de ellos se pasó un brazo por los hombros. Así suspendido, lo llevaron casi corriendo hacia el yate.

Y apenas un minuto después, el yate, cuyo nombre era Snowball, se ponía en movimiento. El que lo gobernaba miró al otro, que acababa de lanzar un suspiro de alivio.

—Todavía no estamos a salvo… Ve a despertar a Lloyd. Y preparémonos porque, si nos alcanzan, habrá jaleo.

—Maldita sea… ¡Tan bien que iba todo!

—Un día u otro tenía que terminar semejante bicoca, ¿no?

El otro se fue al interior del yate, y el que lo tripulaba miró hacia atrás, temiendo ver las luces de alguna lancha lanzada a toda velocidad tras ellos. Pero nada de esto sucedía. Seis o siete minutos más tarde, el hombre se sentía más tranquilo. Y quince minutos después, su tranquilidad era total.

—Demonios —recordó, de pronto—. ¿Será posible que todavía esté Lloyd sin sentido?

Puso el piloto automático y fue rápidamente hacia los camarotes. Bajó la breve escalerilla y desembocó en el pequeño y confortable saloncito del yate, fruncido el ceño, mirando hacia el diván corrido en el que habían dejado a su compañero…

Y estaba allí, desde luego. Sentado. También estaba el otro… Estaban los dos, sentados, sí.

Pero además, había allí una chica de largos cabellos negros y ojos azules, que le apuntaba indiferentemente con una pistola que parecía de juguete.

—Primero —dijo ella— maté al que estaba despierto. Cuando despertó el que había sido tan listo de abrir la radio para que ustedes supiesen lo que sucedía, lo maté también… Sólo queda usted.

El hombre, lívido, dirigió otra mirada a sus compañeros muertos, cuyo color comenzaba ya a parecerse al de la cera. Luego volvió a mirar a aquella hermosísima muchacha de ojos azules que parecían de hielo… Y de pronto, lanzó un grito de rabia; llevó la mano hacia su pistola…

Plof, chascó dulcemente la pistolita de juguete.

Este es el final

—Luego —terminó Brigitte—, llevé el yate mar adentró, tiré los cadáveres al mar y regresé… Total, las tres y media de la madrugada.

—Observo que te gusta trasnochar —dijo Número Uno—. Lo que me ha gustado, ha sido tu truco de hacerles creer que ibas a pedir ayuda, y en cambio, entrar en el yate mientras ellos maniobraban para poder llevar el coche al muelle. No está mal.

—¿Cómo que no está mal…? Me di cuenta de que el sujeto era muy dócil, que no tenía inconveniente en informarme de todo… No podía pensar sino que él estaba convencido de que me llevaba al matadero. Tenía que comprender que había truco…, pero no todos los espías lo habrían comprendido, mi amor.

—Todos no, desde luego. Por ejemplo, ese pobre muchacho, Michael Angevine… ¿Por qué se metió donde no le llamaban…, máxime sabiendo que no estaba preparado para asuntos de peligro físico?

—Supongo —musitó Brigitte— que quería ser un digno hijo del subdirector de la CIA.

—Suposición acertada. Pero dime, ¿por qué te has complicado tanto la vida? ¿Por qué tramar todo eso, sabiendo que te buscaría la CIA, que te encontraría, ya que tú misma habías dejado huellas a sabiendas?

—Quería que me, detuviesen, que me interrogasen, y engañarles, tal como lo he hecho. Ahora, saben que no conviene hacer la misma oferta a los chinos y creen que todo ha sido una… escaramuza de los rusos. Lo preparé todo para que así conste… y que me perdonen los rusos.

—Insisto —murmuró Número Uno—. Todo ello… ¿para qué?

—Mi amor, no podía permitir que en la CIA se supiese lo que había estado haciendo Susan Angevine, ni que Cecil había matado a

su esposa. ¿No puedes comprenderlo? Una familia que, miembro a miembro, han dado sus vidas por la CIA, de un modo u otro: el padre, la madre, el hijo… Por Dios, ¡no sería justo que el nombre de los Angevine pasase a la lista negra, sólo porque una madre amaba a su hijo!

—Quizá sea anotado ahora, de todos modos.

—¿Por qué? —se sorprendió Brigitte.

—Porque —Uno miró significativamente a los mudos, inmóviles, sombríos Pitzer y Cavanagh— no somos los únicos, ahora, en saber la verdad.

Cavanagh fue el primero en reaccionar, poniéndose en pie, fija su hosca mirada en Número Uno. Pitzer le imitó, exteriorizando con un gruñido su disgusto con las palabras del mejor espía de todos los tiempos.

—Por muchas «Photolasser» que me ofrecieran, Número Uno —dijo Cavanagh—, yo siempre sabría a qué atenerme con Brigitte. Y no me ha fallado mi intuición esta vez. En cuanto a Pitzer y a mí, ella también sabe a qué atenerse con respecto a nosotros… Si me da ese maldito documento, nos iremos, Brigitte.

—Peggy les está esperando en el pasillo con el sobre —sonrió la divina—. Gracias, queridos.

Los dos hombres se despidieron con un gesto de cabeza y salieron del salón, tan profundamente impresionados como siempre que Brigitte Montfort, alias Baby, resolvía uno de los asuntos a su manera.

Y Número Uno, qué sabía perfectamente que ni Cavanagh ni Pitzer dirían jamás la verdad, sonrió del todo, y dijo:

—Se enfadan como niños.

—Es que, mi amor, tú no sirves para gastar bromas.

—Eso es verdad. ¿Qué ha dicho Cavanagh de la «Photolasser»?

—Cecil Angevine me… fotografió cuando disparaba contra él. Si hubiese sabido que esto iba a suceder, me habría ahorrado algunas pequeñas molestias, Como dejar huellas, mentir tontamente para que descubrieran mi mentira y me interrogasen y al final decirles la «verdad»… Por cierto, eso de la «Photolasser» no daría resultado conmigo.

—No sé si te entiendo —frunció el ceño Número Uno.

—Quiero decir que será inútil que, si a mí me matan, obtengan

una «Photolasser» de mis ojos, porque no saldría la imagen de mi asesino.

—¿Por qué no? Si ha tenido éxito con Cecil Angevine…

—Conmigo, no. Porque yo moriría pensando en ti, y sería tu imagen la que obtendría la «Photolasser». ¿O crees que no?

Número Uno replicó, con voz ronca:

—No sé… Y tampoco tengo prisa en saberlo. ¿Me quedo… o prefieres que regrese ahora mismo a Villa Tartaruga?

—Santo cielo —gimió Brigitte—. ¿Tendré que regalarte una «Photolasser» para que sepas lo que dicen mis ojos…?

FIN